

NEWMANIANA

AÑO XVII - NÚMERO 48-49

DICIEMBRE 2007



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de **Amigos de Newman** en la Argentina



Año XVII - Nº 48-49
Diciembre 2007

Director
Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción
Dra. Inés de Cassagne
Dr. Jorge Ferro

Diseño:
Editorial de la Universidad
Católica de La Plata
Tel.: (0221) 423 7375
E-mail: editorial@ucolp.edu.ar

Impresión:
Taller Escuela San Vicente de Paul
Tel/fax: 422-6928 / 483-6525
sanvicente@amc.com.ar

NEWMANIANA
(ISSN 0327-5876)
es una publicación cuatrimestral.
Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual Nº 237.216
Propiedad de Fernando María Cavaller
Dirección:
Paraná 787 (1640)
Martínez
Pcia. Buenos Aires
República Argentina

EDITORIAL

Newman en el libro del Papa Benedicto XVI 2

SERMÓN

La visión cristiana del cosmos (*Introducción al Sermón*) 4

"Los poderes de la Naturaleza" 7

DEVOCIONES

La espiritualidad filipina de Newman (*Introducción*) 11

Novena a San Felipe Neri 13

Cuatro oraciones a San Felipe 26

Letanía de San Felipe 29

SERMÓN

Jeremías, una lección para los que están decepcionados 31

POESÍA

Angélica Gufa 37

ARTÍCULO

Influencia del padre Charles William Russell en la conversión de Newman y la correspondencia de ambos en torno a la Eucaristía y otras cuestiones 38

ANTOLOGÍA

Las huellas de Dios en la naturaleza y en la historia 50



ORACIÓN

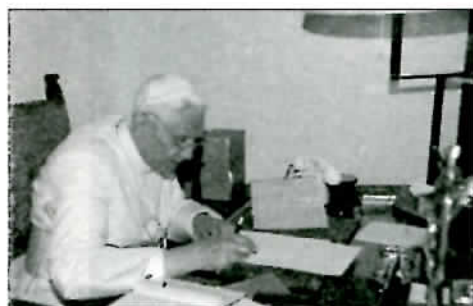
Por la beatificación del Cardenal Newman

Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia. Amén.

NEWMAN en el libro del PAPA BENEDICTO XVI

El Santo Padre Benedicto XVI ha escrito el libro *JESÚS DE NAZARET*, finalmente publicado en español, después de cinco meses de espera desde su aparición en Roma. El propósito del mismo es presentar la figura del Señor, según el mismo Papa expresa, desde 'una interpretación propiamente teológica de la Biblia, que exige la fe, sin por ello querer ni poder en modo alguno renunciar a la seriedad histórica'. Quiere 'presentar al Jesús de los Evangelios como el Jesús real, como el Jesús histórico' en sentido propio y verdadero. Intenta así responder a una visión de Jesucristo que ha resultado del uso del método histórico-crítico de modo exclusivo, mostrando que si bien es importante y necesario tiene a su vez limitaciones, ya que 'por su propia naturaleza remite a algo que lo supera' y 'no agota el cometido de la interpretación para quien ve en los textos bíblicos la única Sagrada Escritura la cree inspirada por Dios. Según el Papa, detrás de los logros de estos métodos se ha ido dando el resultado de que la figura de Jesús, en la que se basa la fe, fuese 'cada vez más nebulosa' y 'fuera perdiendo su perfil', se hicieran 'reconstrucciones cada vez más contrastantes', y haya 'quedado la impresión de que, en cualquier caso, sabemos pocas cosas ciertas de Jesús, y que ha sido sólo la fe en su divinidad la que ha plasmado posteriormente su imagen'. El Santo Padre advierte que 'semejante situación es dramática para la fe, pues deja incierto su auténtico punto de referencia: la íntima amistad con Jesús, de la que todo depende, corre el riesgo de moverse en el vacío'.

El interés de leer esta obra de Joseph Ratzinger, Benedicto XVI, es obvio, pero aquí queremos señalar la referencia al Cardenal Newman que aparece en el mismo. El Papa está reflexionando sobre las siete peticiones del Padrenuestro, en el marco más amplio del comentario al Sermón de la



Montaña. En la quinta petición, 'perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden', comienza por afirmar que semejante petición 'presupone un mundo en el que existen ofensas: ofensas entre los hombres y ofensas a Dios', y que 'la superación de la culpa es una cuestión central de toda existencia humana', girando en torno a ella la historia misma de las religiones. Pero 'con esta petición el Señor nos dice: la ofensa sólo se puede superar mediante el perdón, no a través de la venganza'. La consideración ilumina un presente en el que campea la venganza como sustituto de la justicia, la memoria permanente de ofensas y culpas. El perdón viene de Dios, porque ama a sus criaturas, pero este perdón de Dios 'sólo puede ser efectivo en quien a su vez perdona'. Tal es lo que dice la oración.

El Papa dice que quiere dar un paso más y preguntar '¿qué es realmente el perdón? ...debe ser algo más que ignorar, que tratar de olvidar. La ofensa tiene que ser subsanada, reparada y, así, superada. El perdón cuesta algo, ante todo al que perdona: tiene que superar en su interior el daño recibido. ...de modo que luego de este proceso de transformación, de purificación, alcance también al otro, al culpable, y así ambos, sufriendo hasta el fondo el mal y superándolo, salgan renovados'. El Papa afirma

aquí que 'en este punto nos encontramos con el misterio de la cruz de Cristo'. En efecto, la salvación de los hombres 'ha costado a Dios el precio de la muerte de su Hijo', idea que, según el Pontífice, se ha hecho extraña al pensamiento hoy por la incapacidad de comprender el mal o bien porque se lo pone como pretexto para negar la existencia de un Dios bueno, o también porque no se entiende el significado de la forma vicaria de la existencia, debido al individualismo creciente. No se comprende, entonces, la función vicaria de la muerte expiatoria del Hijo de Dios.

Como resumen de estas reflexiones el Santo Padre propone una consideración tomada de los escritos de Newman:

"De momento bastará con un pensamiento del cardenal John Henry Newman, quien en cierta ocasión dijo que Dios pudo crear el mundo de la nada con una sola palabra, pero que sólo pudo superar la culpa y el sufrimiento de los hombres interviniendo personalmente, sufriendo Él mismo en su Hijo, que ha llevado esa carga y la ha superado mediante la entrega de sí mismo".

El Papa agrega que ni siquiera basta por parte nuestra entregar nuestra existencia, porque esto 'sólo se puede conseguir mediante la comunión con Aquel que ha cargado con todas nuestras culpas'. Es decir que la petición del Padrenuestro es una oración cristológica que nos recuerda el precio pagado por Cristo, y a 'enmendar con Él el mal mediante el amor, a consumirlo sufriendo'.

La expresión de Newman a la que se refiere el Papa bien puede ser la que se encuentra en el Sermón *La infinitud de los atributos divinos*, uno de los Sermones de su época católica, el XV^o de la serie *Discourses to mixed congregations*, predicados en el Oratorio de Birmingham en 1849. En realidad la idea está también expresada en dos sermones, el precedente y el siguiente de la serie, así como en sermones anglicanos donde Newman ha meditado sobre el misterio de la humillación del Hijo Eterno, el tema del sacrificio expiatorio de Cristo, y la mediación de Cristo. El texto dice así:

*Cristo murió por nuestros pecados, por los pecados de todo el mundo, pero no necesitaba morir, porque Dios Todopoderoso podría habernos salvado sin su muerte. Podría haber perdonado y llevado al cielo a todos los hijos de Adán, sin la Encarnación y Muerte de su propio Hijo. Podría habernos salvado sin pedir rescate. Podría haber abolido el pecado original y regenerado al hombre de inmediato. Su palabra habría sido suficiente, porque para Él decir es hacer. 'Padre, todo te es posible' (Mc 14,36) era la razón formulada por el Señor para pedir que su cáliz pasara. Así como pronunció en el principio: 'Hágase la luz; y la luz se hizo' (Gén 1,3), podría haber hablado otra vez de modo parecido, y el pecado y la culpa habrían desaparecido del alma. O podría quizás haber dispuesto un mediador menos poderoso que su Hijo, y aceptado entonces la satisfacción imperfecta de un simple hombre. El Señor no carece de recursos, pero quiso hacer las cosas de otro modo. El, que siempre obra lo mejor, vio en su infinita sabiduría que era conveniente y adecuado pedir un rescate. Igual que no ha impedido al réprobo resistir la gracia y repudiar la Redención, tampoco ha personado a los herederos del reino sin una verdadera y suficiente satisfacción por sus pecados. En ambos casos Dios ha hecho no lo que era posible, sino lo que era mejor. Por eso se hizo necesaria la venida del Verbo, pues si había de efectuarse una auténtica satisfacción, ningún acontecimiento menor que la Encarnación del Santo podía realizarla.*¹

Nos alegra que el Papa haya citado a Newman. Pedimos que el Señor disponga en su infinita providencia que pronto el nombre de Newman esté en labios del Papa cuando sea beatificado. Un milagro está siendo analizado en Roma.

Lamentamos que este año, por distintas razones, sólo pueda salir a la publicación este único número de *Newmaniana*. Que el Señor conceda su gracia a los que ayudan para este fin y a todos los Amigos de Newman en la Argentina el deseo siempre vivo de seguir las enseñanzas y el ejemplo de vida del gran Siervo de Dios. Feliz Navidad y buen año 2008.

COR AD COR LOQUITUR

¹ Tomamos la traducción castellana de *Discursos sobre la fe*, realizada por don José Morales, Rialp 1981.

LA VISION CRISTIANA DEL COSMOS

Una introducción al Sermón *Los poderes de la naturaleza*

INTRODUCCIÓN Y TRADUCCIÓN
FERNANDO MARÍA CAVALER

La consideración creyente acerca de los Ángeles que Newman hace según la encuentra en la Revelación, en cuanto agentes de la naturaleza inanimada, está lejos de ser una visión particular suya. Es eco de una larga tradición que se remonta a los Santos Padres, por un lado, y responde a una visión mística propia del espíritu inglés, expresada en la poesía del romanticismo del siglo XIX, por otro. Ambas fuentes, una teológica y la otra literaria, se oponían a la mirada materialista sobre la realidad visible, que ya en época de Newman aparecía como la respuesta científica seria frente a visiones consideradas míticas propias de épocas pasadas. Newman recoge la visión bíblica del cosmos, que ve en todas las cosas y en todo lo que pasa signos de la bondad divina. Este mundo es fundamentalmente espiritual. El mundo angélico aparece revestido en el mundo físico, al que pertenecemos por nuestro cuerpo, pero que ha sido sujeto al mundo espiritual de los ángeles caídos. Los ángeles fieles son testigos de la significación continua y verdadera del mundo creado. El mundo es el reflejo de la gloria de Dios, y por la redención de Cristo, será enteramente absorbido en la gloria de Dios. Esta transfiguración será en el último día, pero es preparada ahora. La fe prepara la visión. El nexo entre creación, redención y eucaristía es notorio.

Desde el comienzo del siglo XV, y más marcadamente después del período del renacimiento, a pesar de la reforma protestante y de la contrarreforma católica, hay un declinar de la visión religiosa del



ALBERT DURERO, *Los ángeles de los vientos*, grabado.

mundo. Ya en la época inmediatamente precedente a Newman, y precisamente en Inglaterra con la revolución industrial, cristalizó la visión del mundo como fuente de satisfacción y de explotación. El resultado fue impedir ver el mundo como un cosmos lleno de sentido orientado hacia la trascendencia. Pero, pre-

cisamente, el pensamiento de Newman sobre el mundo natural se presenta aquí en contraposición a esa pretensión racionalista. Sus respuestas a esta tendencia fueron siempre tajantes y pueden parecer exageradas algunas afirmaciones, pero no eran contra la ciencia como tal sino contra un espíritu superficial y utilitario que excluía de plano la trascendencia del mundo material.

Frente a esto encontramos la historia de una escuela de poesía mística, ultrapersonal y todavía intensamente tradicional en su esencia, que floreció a lo largo del siglo XIX y permanece vital hasta hoy. En Inglaterra tenía antecedentes en la visión poética de la realidad de George Herbert (1593-1633) el santo del Anglicanismo, que recuerda el mundo de Dios: la iglesia de la villa, el jardín, el muro, la catedral de Salisbury distante entre los árboles. Dios está siempre presente en las humildes manifestaciones de la realidad diaria. Lo invisible aparece a través de lo visible. Sigue Henry Vaughan (s. XVII), discípulo de Herbert y un contemplativo estático, hasta llegar a William Wordsworth (1770-1850), que canta una poesía en la cual el Salvador, que es primero y sobre todo Dios creador, se muestra en un mundo que lleva estampada su presencia activa, y que fue acusado por puritanos de panteísmo o de neo-paganismo. Bouyer se pregunta más bien si esto no es panenteísmo: literalmente "que lo ven todo en Dios", como se dio en el pensamiento de los renanos representados por el maestro Eckardt o el de Malebranche, o teologías rusas como la de Sergio Bulgakov, o la misma expresión de San Pablo: "Dios todo en todos" (1 Co 15,28). No pueden llamarse panteístas sin más a los sistemas que hacen hincapié en la immanencia de Dios, como San Agustín. Newman admiraba a Wordsworth, y su misma poesía y homilética contiene el sabor propio de estas visiones místicas del cosmos creado. Pero esta misma tradición tiene un referente más antiguo que hunde sus raíces en el cristianismo primitivo.

La tradición patrística, que Newman ya había asimilado para la época de este Sermón, respondía al gnosticismo y al maniqueísmo de aquellos primeros siglos del cristianismo. La materia no es mala, ni emerge después de la caída original, ni existe aparte del espíritu creado, sino que es simplemente el límite de su existencia autónoma. Existe en

la orilla (borde) del llamado mundo material un reflejo de un universo esencialmente espiritual y personal. Siendo Dios el ser personal por esencia, el único mundo concebible que podía crear es un mundo de personas. De acuerdo a la Escritura y a la Tradición, el mundo físico, la naturaleza, es mucho más que un mero universo material. De hecho, su aspecto material no es sino la envoltura, la vestidura exterior de un mundo totalmente espiritual, sin el cual la existencia de la materia sería incomprensible, y la esencia del cosmos caería en la nada. Este mundo primordial, reconocido en todas sus dimensiones, es lo que los padres griegos y San Agustín llamaban aún "el mundo inteligible", siguiendo la terminología platónica. (Agustín, Confesiones, XII, 20; Basilio, Hexámeron, Hom 1,5; Gregorio de Nacianzo, Poemas II,7,VII). Lo que tenían en mente era el mundo angélico, cuya presencia invisible asume la Biblia como el fundamento de toda la realidad visible. Cualquiera sea el uso que estos Padres hicieron de los términos acuñados por Platón para tratar la misteriosa realidad del mundo invisible, que sostiene el visible y es conocido a través suyo, el mundo inteligible era para ellos verdaderamente diferente de lo que significaba para los antiguos griegos. Esto aparece mejor en Gregorio de Niza, que de todos los Padres es el que entendió mejor a Platón: para Platón el mundo invisible era un mundo de ideas, para la fe cristiana un mundo de personas.

La tradición, desarrollada después por la escolástica, afirmó que la materia es una parte original y esencial de la creación, en adición al espíritu. Santo Tomás afirmará que cuando ocurra al final la resurrección, el cuerpo humano no será absorbido ni desaparecerá en el espíritu, sino que será espiritualizado, como el entero universo tangible será transfigurado aún en su materialidad por la gloria de Dios (I, q.76, a.5). San Buenaventura fue más allá, y afirmó que aún en seres incorpóreos como los ángeles, el espíritu creado no puede ser completamente inmaterial, ni ahora ni en la eternidad (In I Sent, 8,2 un., 2.concl). Aunque Santo Tomás no coincide en esto, ve a los ángeles en estrecha relación con el elemento material del universo.

Pero hay una ulterior consideración en torno a la visión patrística del cosmos. La primera y más

importante característica compartida por el pensamiento de los Padres, y que deben directamente a la tradición de los profetas hebreos y a la apocalíptica, es la de que el mundo entero es esencialmente litúrgico. El cosmos entero, en la perspectiva judía y cristiana, aparece primero de todo como una celebración de la gloria increada a través del tiempo todo de la creación. El cosmos, visto como básicamente angélico, existe solo para la gloria del Creador, que es primero el Padre invisible de su Hijo unigénito en quien todo fue creado en orden a ser inmediatamente vivificado en el Espíritu, que es Espíritu de luz y vida, precisamente porque es el Espíritu del Padre y de filiación. Desde este punto de vista, la misma belleza del mundo, no solo la belleza estática de sus formas no cambiantes sino la belleza viviente de sus desarrollos, aparece como una última radiación, una reflexión en su superficie, a través del mundo angélico, el cosmos inteligible, de la misma gloria del ágape trinitario. Esta visión sistematizada por el pseudo-Dionysio, lejos de ser el resultado de una contemplación intelectual helenista o el producto final de una gnosis irania a través de la tradición apocalíptica, se origina en la tradición profética temprana y mosaica, o aún pre-mosaica. Deriva directamente de la visión de los serafines rodeando el trono de Dios, del cap. 6 de Isaías, y de los querubines y Ophanin en Ezequiel... Pero estos dos libros reflejan una tradición más antigua, de acuerdo a la cual Moisés mismo construyó el tabernáculo y organizó los ritos de culto en conformidad con la visión del santuario celestial en el Sinaí (Ex 26,9). Y esto a su vez parece haber sido anticipado en la visión de la escala de Jacob, con los ángeles descendiendo y ascendiendo, desde el santuario terrenal que iba a ser Betel, a la casa celestial de Dios (Gen 28,10), texto al que Newman volvía una y otra vez en sus escritos con manifiesta predilección para poner de relieve la unión del mundo visible con el invisible, que puede hacerse visible de repente.

En este Sermón Newman ha sacado a relucir en términos perfectamente accesibles a las mentes modernas, los principios básicos y las permanentes implicancias de esta visión cósmica, bíblica y patrística. La Escritura misma nos enseña a discernir esta actividad angélica como el fondo del cosmos visible, y que nos da su profundo significado: todas las cosas creadas están

al servicio de Dios. Darnos cuenta (to realize) de este significado nos permite ver en el mundo visible una primera y fundamental revelación de Dios. Todas las cosas adquieren sentido sólo si contribuyen a la glorificación de Dios, como de hecho hacen en las manos de los poderes angélicos, cuyos compañeros buenos estamos llamados a ser. Puede ser interesante hoy la lectura de un sermón semejante, cuando el interés por la naturaleza y la preocupación ecológica por el cuidado del planeta, ciertamente valiosos, están, sin embargo, impulsados y expresados en términos que olvidan al Creador, cuando no son directamente panteístas. Al mismo tiempo, vivimos en una sociedad tecnológica que sólo valora lo material de la naturaleza. La fe sabe mirar en profundidad a través de las cosas y hallar la presencia del Creador, así como la de ese mundo espiritual poblado de Ángeles. La consideración de los ángeles es fundamental para ayudarnos a descubrir el significado básico de la creación: una manifestación de la gloria de Dios, lo cual implica para Sus criaturas inteligentes, no cualquier gozo libre, egoísta y materialista del mundo material, sino un servicio y adoración a nuestro Creador. Después de este Sermón habría que leer aquel sobre 'El mundo invisible' (PPS IV, 13, de 1834), quizá el más sugestivo de todos (Newmaniana N° 12, 1994).

Para Soloviev la única salvación posible para el mundo es una renovación del espíritu en el cual la Iglesia se dedique nuevamente a la visión cósmica del cristianismo primitivo, derivada de la misma Revelación. Se trata de lo mismo en que insiste en varios de sus libros Joseph Ratzinger, hoy Benedicto XVI, acerca de la recuperación del aspecto cósmico en la liturgia dominical eucarística, que la mayoría busca fuera del cristianismo y de su liturgia. El domingo es el primer día de la Creación y también el día de la Resurrección de Cristo, el de la nueva creación redimida del pecado y de la muerte. A ambos acontecimientos están ligados los Ángeles. La referencia que hace Newman en el Sermón a la celebración de la Eucaristía pone de relieve esta doble significación, precisamente expresada en la presencia angélica. Así, se muestra portador de aquella tradición bíblica y patrística, y en consonancia con estos autores contemporáneos. El Sermón nos ayudará a purificar nuevamente nuestra mirada sobre el mundo visible que nos rodea para descubrir ese otro que no se ve... todavía.

Parochial and Plain Sermons II, 29

Predicado el 29 de septiembre de 1831 en St. Mary the Virgin, Oxford.

LOS PODERES DE LA NATURALEZA

(Fiesta de San Miguel y todos los Ángeles)

*El que hace a Sus Ángeles vientos, y a Sus servidores llamas de fuego (Sal 104,4)*¹

En la Festividad de hoy viene a nuestras mentes el pensamiento de aquellos Bienaventurados Siervos de Dios que nunca conocieron el pecado, que están entre nosotros, aunque invisibles, sirviendo siempre a Dios gozosamente tanto en la tierra como en el cielo, y que por la voluntad condescendiente de su Creador sirven a los redimidos en Cristo, herederos de la salvación.

Han habido épocas del mundo en las cuales los hombres han pensado quizá demasiado en los Ángeles, rindiéndoles excesivo honor, tan perversamente como para olvidar el culto supremo debido a Dios Todopoderoso. Fue el pecado de una era oscura. Pero el pecado de lo que se llama una era educada, tal como la nuestra, es precisamente el contrario: tenerlos poco o nada en cuenta, y no atribuir a su actividad todas las cosas que vemos a nuestro alrededor, sino a presuntas leyes de la naturaleza. Este parece ser, digo, nuestro pecado, en cuanto somos iniciados en el estudio de este mundo, y es el peligro de muchas -así llamadas- búsquedas filosóficas, ahora de moda, y de la química, la geología, y cosas por el estilo, recomendadas celosamente a la observación de grandes sectores de la sociedad, que hasta ahora eran extraños a todo ello. El peligro es apoyarse en las cosas visibles, olvidando las invisibles, y nuestra ignorancia acerca de estas últimas.

Intentaré expresar lo que quiero decir más detenidamente. El texto bíblico nos informa que Dios Todopoderoso hizo a Sus Ángeles vientos o espíritus, y

a Sus servidores llama de fuego. Consideremos lo que esto implica.

1. ¡Cuántos objetos bellos y maravillosos nos presenta por todos lados la naturaleza! En algunos vemos realmente síntomas de inteligencia y nos formamos alguna idea de lo que son. Por ejemplo, acerca de los animales sabemos poco, pero aún así vemos que tienen sentidos y comprendemos que su forma corporal que ve el ojo no es sino índice, señal exterior, de algo que no vemos. Es así tanto más en el caso de los hombres: vemos que se mueven, hablan y actúan, y sabemos que todo lo que vemos ocurre como consecuencia de su voluntad, porque tienen espíritu dentro suyo, aunque no lo vemos. ¿Pero por qué fluyen los ríos? ¿Por qué cae la lluvia? ¿Por qué nos calienta el sol? ¿Por qué sopla el viento? Aquí nuestra razón natural está en falta. Sabemos, digo, que es el *espíritu*, en los hombres y en las bestias, que los hace mover a unos y otros, pero la razón nos dice que no hay ningún espíritu que more en lo que llamamos comúnmente el mundo natural, y que le haga realizar sus tareas ordinarias. Por supuesto, está la voluntad de Dios que *sostiene* todo, de modo que ella *nos* permite también movernos, aunque esto no impide que en cierto sentido podamos decir realmente que somos nosotros mismos que nos movemos. Pero ¿cómo se mueven el viento, el agua, la tierra y el fuego?

Aquí la Escritura se interpone y parece decirnos que toda esta maravillosa armonía es obra de los

¹ Cita la versión griega de los LXX, que es la que toma la Carta a los Hebreos de este versículo (Heb 1.7).

Ángeles. Estos acontecimientos que atribuimos a la casualidad, como el tiempo, o a la naturaleza, como las estaciones, son servicios hechos a ese Dios que hizo que Sus Ángeles sean vientos y Sus servidores llamas de fuego. Por ejemplo, fue un Ángel quien dio a la piscina de Betesda su poder medicinal (Jn 5,4), y no hay razón por la que debiéramos dudar de que otras fuentes saludables en este o aquel país lo sean por un ministerio invisible semejante. Los fuegos sobre el Monte Sinaí, los truenos y relámpagos, fueron obra de los Ángeles (Ex 19, 16-18; Gla 3,19; Hech 8,53), y leemos en el Apocalipsis acerca de los Ángeles que sujetan los cuatro vientos (Ap 7,1). Se les atribuye de modo semejante, obras de venganza, como la terrible lava de los volcanes que parece haber causado la ruina de Sodoma y Gomorra, pero obrada por los dos Ángeles que rescataron a Lot (Gen 19,13). Las huestes de Senaquerib fueron destruidas por un Ángel, se supone que por medio de un viento sofocante (2 Re 19,35). La peste en Israel cuando David hizo el censo fue obra de un Ángel (2 Sam 24, 15-17). El terremoto en el momento de la resurrección fue obra de un Ángel (Mt 28,2). Y en el Apocalipsis la tierra es azotada de varias maneras por Ángeles vengativos (Ap 8, 9, 16).

Así, según prosiguen las revelaciones de la Escritura, aprendemos que el curso de la naturaleza, que es tan maravilloso, tan bello y tan temible, es obrado por ministerio de aquellos seres invisibles. La naturaleza no es inanimada, su diario trabajo es inteligente, sus obras son servicios. De acuerdo a esto dice el salmista, 'Los cielos cuentan la gloria de Dios, la obra de sus manos anuncia el firmamento' (Sal 19,1). 'Para siempre, Señor, tu palabra, firme está en los cielos. Tu verdad permanece de generación en generación, igual que fundaste la tierra y permanece. Por Tu mandamiento subsisten hasta hoy, *porque todas las cosas están a Tu servicio*' (Sal 119, 89-91).

No pretendo decir que la Escritura nos enseña lo que es la materia, pero afirmo que así como nuestras almas mueven nuestros cuerpos, siendo estos lo que son, así existen Intelligencias Espirituales que mueven esas maravillosas y vastas porciones del mundo natural que parecen inanimadas, y así como los gestos, palabras y expresión de los rostros de los amigos que nos rodean nos permiten mantenernos en relación con ellos, así en las mociones de la naturaleza universal, en el intercambio con el día y la noche, el verano y

el invierno, el viento y la tormenta, que cumplen Su palabra, se nos recuerda a los bienaventurados y serviciales Ángeles.

En esta Festividad, bien podemos entonces cantar el himno de aquellos tres santos jóvenes a quienes Nabucodonosor lanzó al horno de fuego. A los Ángeles se les ordenó cambiar la naturaleza de las llamas y hacerlas inofensivas para los jóvenes, que a su vez invocaron a todas las creaturas de Dios, especialmente a los Ángeles, para glorificarle. (Daniel 3, 1-90). Aunque han pasado cientos de años desde entonces y el mundo piensa vanamente que sabe más de lo que sabía y que ha encontrado las causas reales de las cosas que ve, podemos aún decir con gratitud y simple corazón, 'Creaturas todas del Señor, Ángeles del Señor, sol y luna, astros del cielo, lluvia y rocío, vientos todos, luz y tinieblas, montes y cumbres, cuanto germina en la tierra, bendecid al Señor, ensalzadlo y alabadlo por los siglos'. Por eso, cuando miramos fuera nos acordamos de esos Seres agraciados y santos, siervos del Dios Altísimo, que se dignan servir a los herederos de la salvación. Cada soplo de aire, cada rayo de luz y calor, cada paisaje bello, es como la orla de las vestiduras, el ondear de los mantos de aquellos cuyos rostros ven a Dios en el cielo. Y propongo a cualquiera referir a ellos los movimientos del mundo natural, aunque no lo es filosóficamente, ni como estar llenos de un gozo intelectual, ni como el intento de explicar estos movimientos por ciertas teorías de la ciencia, útiles como son ciertamente para propósitos particulares y capaces de una aplicación religiosa (en subordinación a esa visión más elevada).

2. Esto me lleva a otra consideración de la doctrina que consideramos. Mientras aparece en la mente y le da materia de reflexión, es también provechosa como humilde doctrina, según he mostrado ya. El hombre presumido quiere ser sabio y examina con curiosidad las obras de la naturaleza como si no tuvieran vida y sensibilidad, como si sólo él fuera inteligente y ellas sólo materia inerte, sea cual sea la estrategia al comienzo. De este modo continúa trazando el orden de las cosas, buscando las causas de ese orden, dando nombres a las maravillas que encuentra, y pensando que comprende lo que ha nombrado. Al final forma una teoría, la recomienda por escrito, y se llama a sí mismo filósofo. Ahora bien, todas estas teorías científicas de las que hablo son útiles para

clasificar y ayudarnos así a *recordar* las obras y las formas de actuar de Dios y de Sus Ángeles servidores. Son aún más útiles al permitirnos *aplicar* el curso de Su providencia y de los mandatos de Su voluntad, en beneficio del hombre. Se nos capacita para gozar de los dones de Dios, y le damos gracias por el conocimiento que nos hace capaces de ello, y honramos a aquellos instrumentos Suyos que lo comunican. Pero si aquel hombre imagina que porque sabe algo acerca del orden maravilloso del mundo, sabe en consecuencia *cómo* son las cosas realmente, si trata los milagros de la naturaleza (por llamarlos de algún modo) como meros procesos mecánicos que continúan su curso por sí mismos, como las obras del ingenio humano son puestas en movimiento (un reloj, por ejemplo) y continúan luego por sí mismas, si en consecuencia es irreverente (por llamarlo así) en su conducta hacia la naturaleza, pensando que ella no lo escucha y no ve cómo se porta con ella (por así decir), y, más aún, si él concibe que el orden de la naturaleza, que parcialmente discierne, estará en el lugar que pertenece al Dios que lo hizo, y que todas las cosas continúan moviéndose, no por Su voluntad y poder y la acción de miles y cientos de miles de Sus invisibles servidores, sino por leyes fijas autogeneradas y autosustentadas, ¡qué pobre y débil gusano, qué miserable pecador ha venido a ser! Me temo que esa es la condición de muchos hombres de hoy, que hablan en voz alta, y aparecen ante ellos mismos y ante los demás como oráculos de la ciencia, y a medida que avanzan saben mucho más acerca de las operaciones de la naturaleza que cualquiera de nosotros.

Consideremos ahora cuál es la situación real de las cosas. Supongamos que el investigador que he descrito, cuando examina una flor, o una hierba, o un guijarro, o un rayo de luz, como algo por debajo suyo en la escala de lo existente, de pronto descubre que está en la presencia de algún ser poderoso, escondido detrás de las cosas visibles que inspecciona, quien ocultando su mano sabia, está sin embargo dándoles belleza, gracia y perfección, porque es el instrumento de Dios para tal fin, y cuyo manto y ornamentos son aquellos objetos maravillosos, que analizaba con tanta ansia. ¿Cuáles serán sus pensamientos? Si fuéramos accidentalmente rudos hacia nuestro amigo, pisándole el dobladillo de su vestimenta o rozándole toscamente al pasar, ¿no estaríamos enfadados, no como si le hubiésemos lastimado sino por el temor de haber sido irrespetuosos? David había vigilado la tremenda



GIOTTO, *El juicio final*, detalle.

peste de los tres días, sin duda no por curiosidad sino con terror indescriptible y remordimiento, pero cuando al final 'levantó los ojos y vio al Ángel del Señor' (que había causado la peste) 'parado entre la tierra y el cielo con una espada desenvainada en su mano, extendida contra Jerusalén, entonces David y los ancianos, cubiertos de sayal, cayeron rostro en tierra' (1 Cro 21, 16). La misteriosa e irresistible peste se hizo aún más temible cuando se conoció la causa, y lo que es verdad acerca de lo terrible es verdad por otro lado acerca de los agradables y atractivos actividades de la naturaleza. Cuando caminamos fuera, y 'meditamos en el campo al atardecer', ¡cuánto nos sorprende y sobrecoge cada hierba y flor! Pues, aún cuando supiéramos tanto acerca de ellas como el más sabio de los hombres, están aquellos que nos rodean, aunque no se ven, para quienes nuestro más gran conocimiento es como ignorancia. Cuando conversamos científicamente

camente sobre temas de la naturaleza, repitiendo nombres de plantas y tierras, y describiendo sus propiedades, debemos hacerlo religiosamente, como en presencia de los grandes Siervos de Dios, con esa suerte de timidez que siempre sentimos cuando hablamos delante de los estudiosos y sabios de nuestra propia raza mortal, como pobres iniciados en el conocimiento intelectual, tanto como en los logros morales.

Ahora bien, puedo concebir que haya personas para las cuales todo esto le parezca fantástico, pero si parece así es sólo porque no estamos acostumbrados a pensamientos semejantes. Ciertamente no se nos habla en la Escritura de los Ángeles por nada, sino con propósitos prácticos, y, no puedo concebir un uso más práctico de nuestro conocimiento que hacer conectar la visión de este mundo con el pensamiento del otro. Ni hay ninguno más consolador, pues es por cierto un gran consuelo reflexionar que vayamos dónde vayamos estamos rodeados por aquellos que son servidores de todos los herederos de la salvación, aunque no los veamos. Ni hay nada más fácil de comprender y sentir por parte de todos los hombres, pues sabemos que en un tiempo la doctrina de los Ángeles fue aceptada aún demasiado rápidamente. Y si alguien argumenta que es peligrosa, que recuerde el gran principio de nuestra Iglesia: el abuso de una cosa no descalifica el uso de la misma; y que aprenda de San Pablo que exhorta a Timoteo no sólo 'delante de Dios y de Cristo', sino también delante de 'los Ángeles escogidos' (1 Tim 5,21). De aquí que en el Servicio de Comunión², nuestra Iglesia nos enseña a unir nuestras oraciones con aquella de los 'Ángeles y Arcángeles, y toda la compañía celestial'; y los primeros cristianos esperaban que ellos sirvieran en los tiempos de culto de la Iglesia y glorificaran a Dios con ella. Estos pensamientos tienen influencia directa en nuestra fe en Dios y en Su Hijo, pues cuanto más podamos agrandar nuestra visión del mundo venidero, mejor. Cuando contemplamos a Dios Todopoderoso rodeado por Sus Santos Ángeles, miles de miles de Espíritus servidores y decenas de miles delante de Él, la idea de Su tremenda Majestad brota en nosotros de modo más impresionante y poderoso. Comenzamos a ver qué pequeños somos, qué pobres e indignos somos, y

cuán grande y temible es Él. El más bajo de Sus Ángeles está indefinidamente por encima nuestro en nuestra condición presente. ¡Cuán elevado debe ser el Señor de los Ángeles! Si los mismos Serafines ocultan sus rostros ante Su gloria, mientras le alaban, ¡qué avergonzados deberán estar los pecadores cuando lleguen a Su presencia!

Por último, es un motivo para esforzarnos en hacer la voluntad de Dios pensar que, si llegamos al cielo, vendremos a ser compañeros de los bienaventurados Ángeles. De hecho, ¿qué sabemos acerca de la corte celestial sino que está poblada de ellos? En consecuencia, nos son revelados para que podamos fijar nuestros pensamientos en ellos cuando miramos hacia el cielo. Ciertamente, el cielo es el lugar de Dios Todopoderoso y en Él debemos pensar en primer lugar, y en Su Hijo y Salvador que murió por nosotros y que está manifestado en los Evangelios en orden a que podamos tener algo definido para contemplar. Por la misma causa nos son revelados también los Ángeles, de manera que el cielo pueda ser tan pequeño como sea posible en nuestras imaginaciones de un lugar desconocido.

Detengámonos en estos pensamientos sobre los Ángeles de Dios, y mientras tratamos de pensar dignamente sobre ellos estemos precavidos para no hacer de esta contemplación un mero sentimiento, una suerte de lujo de la imaginación. Este mundo debe ser un mundo de práctica y trabajo, y Dios nos revela vislumbres del tercer cielo para nuestro consuelo. Pero si nos complacemos en esto como el fin de nuestra vida presente, sin tratar de purificarnos día a día para el gozo futuro de la plenitud que Ellos tienen, vendrán a ser una trampa de nuestro enemigo. Los Servicios³ religiosos de cada día, la obediencia a Dios en nuestra vocación y cuestiones ordinarias, los esfuerzos por imitar a nuestro Salvador Jesucristo en las palabras y en las obras, la oración constante a Él, la dependencia de Él, todo esto es la debida preparación para recibir y aprovechar Sus revelaciones. Por mucho que un hombre pueda escribir y hablar maravillosamente acerca de los Ángeles, no será de ningún modo mejor ni estará más cerca del cielo por sus excelentes palabras.

² Modalidad anglicana para referirse a la celebración de la Eucaristía.

³ *idem* nota 2.

LA ESPIRITUALIDAD FILIPINA DE NEWMAN

Introducción a las devociones escritas sobre San Felipe Neri

INTRODUCCIÓN Y TRADUCCIÓN
FERNANDO MARÍA CAVALLER

Estando en Roma para prepararse a la ordenación sacerdotal católica, su mayor preocupación era clarificar su vocación, o mejor dicho, encauzarla, tanto él como el pequeño grupo de conversos que le acompañaba. Tenían que encontrar el camino, el lugar, el modo, de servir a Dios en la Iglesia de Roma. Reflexionó sobre su entrada en diversas órdenes religiosas. Queda así comprometido en una nueva búsqueda espiritual en cuanto a su lugar y a su actuación como sacerdote católico. Para comprender la decisión que Newman va a tomar, es necesario recordar algunas ideas que ya estaban en él, y que, como todo lo suyo, no serán destruidas sino 'desarrolladas', para usar su típico lenguaje. *No os desprendáis de las cualidades que Dios os ha entregado, sino perfeccionadlas para su servicio, dirá más adelante. Tenía aprecio desde sus estudios de la patrística por la vida monástica, hasta pensar si no se podría fundar, en toda sencillez y sinceridad sobrenatural, una sociedad semejante si los tiempos fueran mal* (LD III, 107). Junto con Froude, en los inicios del Movimiento de Oxford, imaginaban agrupaciones de presbíteros célibes que ejercieran su labor en las grandes ciudades, y ésta era precisamente la idea que tenía de un College, al estilo del siglo XIV, con *fellows* célibes dedicados a la oración, la predicación, la defensa de la Iglesia, el culto y el estudio de las ciencias y las artes. De hecho, adquirió un terreno en Littlemore con este propósito, y, cuando lo exigió la situación, dejó Oxford por Littlemore, llevando allí una vida de retiro orante y estudio, en cuyo ambiente decidió su conversión.

Todo esto podría hacer pensar que, ya católico, Newman se habría orientado a la vida monacal, terminando benedictino. Su tendencia a la no-mundanía, que tenía desde su adolescencia, apoyaría esta posibilidad. Pero, como dice el padre Morales en su biografía, 'Newman era hogareño, y a pesar de su no-mundanía necesitaba un contacto con el mundo que la vida monástica no podía proporcionarle'. Tampoco estaba en la Compañía de Jesús, que era la orden religiosa de mayor prestigio, ni en los dominicos (St. John parecía inclinarse por los jesuitas y Dalgairns por los dominicos). Newman buscaba lo que más se asemejara con lo que él era y tenía en su mente: un *fellow* de Oxford y un *gentleman* inglés. Había escuchado, o más bien leído, en 1839, un artículo de Wiseman para el *Dublin Review*, en el que éste hacía la recensión de los *Remains* de Hurrell Froude, donde se hablaba de aquellos grupos de sacerdotes en orden al apostolado en Inglaterra, idea que compartía con Newman. Wiseman decía: 'Una comunidad de sacerdotes que hagan vida común según una benigna pero permanente regla y que extiendan su trabajo a todo el país nos parece el medio más eficaz para difundir nuestra santa religión... La institución que mejor encarna todas nuestras ideas en este asunto es el Oratorio de San Felipe Neri'. Esta fue la primera vez que Newman se enteró del santo italiano y de su obra, pero se ve que nunca lo separó de su mente. Siete años después en Roma volvió al mismo pensamiento. *El Dr. Wiseman tenía razón al decir que debíamos ser oratorianos. Lo que hemos visto en París nos ha desanimado con respecto a los paúles. Los jesuitas*



A.R. VENABLES, John Henry Newman.

parecen estar fuera de lugar en todas partes. Tampoco oímos gran cosa de los dominicos. Se diría que este tiempo pide una secularidad externa con un compromiso interno de moderado ascetismo; y esto es precisamente lo propio del Oratorio (LD XI, 263).

San Felipe Neri no había fundado una nueva orden religiosa en el siglo XVI, sino un grupo de sacerdotes seculares que vivían en común sin emitir votos y con el único vínculo de la caridad fraterna. Cada casa del oratorio vivía independientemente su vida, en la que los sacerdotes desarrollaban su actividad basada en los sacramentos, la prédica sencilla y el ejercicio de las obras de caridad. El Oratorio comenzó siendo la reunión que tenía el Santo con sus discípulos, en torno a la lectura, oración y conversación espiritual, en su habitación de Roma, y terminó siendo el lugar y luego el nombre de la Congregación, que exigida por el Papa, se avino a fundar. Renovó la vida del clero secular de entonces y la del pueblo fiel. Entabló amistad con los grandes escritores, científicos y artistas de la época. Amigo dilecto del gran músico Palestrina, el primer polifonista de la música religiosa, incluyó en la vida del oratorio la dedicación a este arte, como actividad necesaria a la piedad y devoción cristiana. También en esto último Newman encontró un parecido consigo mismo: su violín y el

canto en las celebraciones, que enseñara con esmero en Oxford y Littlemore, tenían su continuidad católica. San Felipe tenía, además, como distintivo de carácter, una afabilidad y alegría que ganaba a todos, incluso por las dotes de un gran humor, y fue llamado 'el apóstol de Roma'. Newman le cobró gran afecto desde que le conoció.

Los oratorianos podían ser, en efecto, lo apropiado para los nuevos conversos, un camino intermedio entre los jesuitas o la vida religiosa, y el clero secular. Su estilo era el de ser sujetos libres, que tenían pocas normas y vivían en comunidad mediante el buen trato, el conocimiento propio y el de los demás, bajo la tutela de un superior, que se elige entre ellos. Esto, de hecho y en esencia, ya lo habían vivido Newman y sus compañeros en Littlemore y en Old Oscott, y tenía como antecedente más lejano la misma vida como *fellows* en el Oriel. La continuidad quedaba garantizada. La figura de San Felipe era sin duda el modelo que tenía a la vista. Por supuesto, debía adaptar en alguna medida las reglas al ambiente propio de Inglaterra, y así se lo aconsejó en mismo Papa Pío IX, que aprobará los nuevos estatutos. Newman y St. John fueron ordenados sacerdotes el 30 de mayo de 1846 en la capilla del Colegio de Propaganda Fide, por su rector el Cardenal Fransoni. El 3 de junio Newman celebró su primera Misa y el 8 lo hace en la habitación de San Ignacio, en el Gesù. Luego se reúnen Newman y sus seis compañeros: Ambrose St. John, Joh Dalgairns, William Penny, Richard Stanton, Frederick Bowles y Robert Coffin, todos conversos entre 1844 y 1845. Los futuros oratorianos se reúnen en Santa Croce, para prepararse en lo propio de su nueva vida. El mismo Papa los visita en agosto. En diciembre Newman está de vuelta en Inglaterra. Fue nombrado primer superior del Oratorio inglés, que debía estar en Birmingham, donde Wiseman era Vicario Apostólico. Newman había encontrado finalmente el 'hogar' donde vivirá el resto de su vida, su 'nido' definitivo en el gran hogar de la Iglesia católica.

Así se explica la inclusión de la figura de San Felipe Neri en las *Meditaciones y Devociones*, ya que era impensable la vida espiritual de Newman y del Oratorio por él fundado sin referencia directa al gran santo italiano. Newman y San Felipe Neri conforman una unidad inseparable desde su conversión.

NOVENA A SAN FELIPE NERI¹

(I)

LA HUMILDAD DE FELIPE²

17 de mayo

Si Felipe escuchaba de alguien que había cometido un crimen, decía 'Gracias a Dios que yo no he hecho cosas peores'.

Cuando confesaba derramaba abundantes lágrimas, y decía, 'Nunca he hecho una buena acción'.

Cuando una penitente le preguntó cómo podía sobrellevar la rudeza con que le trataban a él ciertas personas que tantos favores le debían, le contestó, 'Si fuera humilde, Dios no me enviaría esto'.

Cuando una de sus hijas espirituales le dijo, 'Padre, desearía tener algo suyo por devoción, porque se que Ud. es un santo', se volvió hacia ella con rostro lleno de enojo y estalló con estas palabras: '¡Fuera de aquí! Yo soy un demonio, no un santo'.

A otro que le dijo, 'Padre, me vino la tentación de pensar que Ud. no es lo que el mundo piensa', le contestó, 'Esté seguro de que soy un hombre como mis vecinos, y nada más'.

Si escuchaba de alguien que tenía una buena opinión de él, acostumbraba decir, '¡Pobre de mí, cuántas pobres niñas serán más grandes en el paraíso que yo!'

Evitaba cualquier distinción de honor. No podía soportar recibir ningún signo de reconocimiento. Cuando la gente quería tocar sus ropas, y arrodillarse a su paso, acostumbraba decir, '¡Levántese! ¡Fuera de mi camino!'. No le gustaba que la gente le besara las manos, aunque a veces se lo permitía para no herir sus sentimientos.

Era enemigo de toda rivalidad y contienda. Siempre tomaba a bien cualquier cosa que se le dijera. Tenía particular desagrado por la afectación, ya fuera en el hablar, o en el vestir, o en cualquier otra cosa.

¹ Nueve reflexiones y oraciones en preparación de su Fiesta. Lo sustancial de estas reflexiones está tomado de la 'Vida de San Felipe' de Bacci, traducida por el Padre Faber.

² Nota de Newman: Mayo 1875. Tanto como puedo recordar, creo que tomé la *idea* de estos temas y oraciones de las Oraciones de Raccolta, *antes* de que estuvieran allí, pero debo haberlas tomado de allí tal como están actualmente.

No podía soportar las personas falsas. A los mentirosos no los toleraba, y estaba continuamente recomendando a sus hijos espirituales que los evitaran como si fueran una peste.

Siempre pedía consejo, aún en asuntos de menor importancia. La recomendación constante a sus penitentes era que no confiaran en sí mismos, sino que tomaran consejo de otros, y que hicieran tantas oraciones como pudieran.

Tenía gran placer en ser estimado en poco, más aún, despreciado.

Tenía una manera agradable en tratar asuntos con otros, gran dulzura en la conversación, y estaba lleno de compasión y consideración.

Siempre le había disgustado hablar de sí mismo. Las frases *'yo digo'* o *'yo hice'* raramente salían de su boca. Exhortaba a otros a no hacer nunca alarde de sí mismos, especialmente en aquellas cosas que les dieran crédito, ya fuese en serio o en broma.

Así como San Juan evangelista estaba diciendo continuamente cuando era viejo, "Hijitos míos, amaos lo unos a los otros", Felipe estaba siempre repitiendo su lección favorita, "Sed humildes; pensad poco en vosotros mismos".

Decía que si al hacer una obra buena otro se lleva el crédito de la misma, debemos alegrarnos y agradecer a Dios.

Enseñaba que nadie debe decir, "¡Oh! yo no caeré, no cometeré pecado", porque es un claro signo de que caería. Sentía un gran disgusto con aquellos que se excusaban a sí mismos, y llamaba a esas personas "Mi Señora Eva", pues Eva se defendió en vez de ser humilde.

Oración

Felipe, glorioso Patrono mío, que tenías por escoria la alabanza y hasta la buena estima de los hombres, consígueme de mi Señor y Salvador esta bella virtud con tus oraciones. Qué arrogantes son mis pensamientos, qué despectivas mis palabras, qué ambiciosas mis obras. Alcánzame esa baja estima de sí con la que tú fuiste dotado, y el conocimiento de mi propia nada, para que pueda gozar cuando soy despreciado y busque siempre ser grande sólo a los ojos de mi Dios y Juez.

(2)

LA DEVOCIÓN DE FELIPE

18 de mayo

La llama interior de devoción era tan intensa en Felipe que algunas veces se desmayaba por esa causa, o se veía forzado a recostarse en la cama, bajo el influjo de la enfermedad del divino amor.

Cuando joven sintió a veces este divino fervor con tanta vehemencia que era incapaz de contenerse, arrojándose al piso como si estuviera en agonía y clamando, "No más, Señor, no más".

Lo que San Pablo dice de sí mismo parecía haberse cumplido en Felipe: "Estoy lleno de consolación, sobreabundo de alegría".

Aún así, aunque disfrutaba esa dulzura, acostumbraba decir que descaba servir a Dios no por interés, esto es, porque encontrase placer en ello, sino por puro amor, aún cuando no sintiera ninguna gratificación al amarle.

En su época de laico comulgaba cada mañana. Cuando viejo, tuvo frecuentes éxtasis durante la Misa.

Por eso es costumbre pintar a Felipe en los cuadros con ornamentos rojos, para recordar su ardiente deseo de derramar su sangre por amor a Cristo.

Era tan devoto a su Señor y Salvador que siempre pronunciaba el nombre de Jesús con dulzura indecible. Encontraba también un placer extraordinario en recitar el Credo, y tenía tanta afición al Padre Nuestro y se detenía del tal modo en cada petición que parecía nunca las iba a terminar.

Tenía tal devoción al Santísimo Sacramento que, cuando estaba enfermo, no podía dormir hasta que había comulgado.

Cuando leía o meditaba la Pasión parecía volverse tan pálido como las cenizas, y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Una vez, estando enfermo, le trajeron algo para beber. Tomó el vaso en su mano, y cuando estaba por llevarlo a la boca se detuvo, y comenzó a llorar amargamente, clamando, "Tú, Cristo mío, tuviste sed en la cruz, y no te dieron a beber más que hiel y vinagre; y yo estoy en cama, con tantos consuelos alrededor y tantas personas que me atienden".

Pero Felipe no llevaba la cuenta de estas efusiones y agudeza de sentimientos, pues decía que la emoción no era devoción, que las lágrimas no eran signo de que un hombre estuviese en gracia de Dios, ni que debamos suponer que un hombre es santo sólo porque llora cuando habla de religión.

Felipe era tan devoto a la Santísima Virgen que tenía siempre su nombre en la boca. Hacía dos jaculatorias en su honor: "Virgen María, Madre de Dios, ruega a Jesús por mí" y la otra, simplemente, "Virgen Madre", porque decía que estas dos palabras se contienen todas las alabanzas posibles a María.

Tenía también singular devoción a Santa María Magdalena, en cuyas vísperas había nacido, y a los Apóstoles Santiago y Felipe, así como a San Pablo Apóstol y a Santo Tomás de Aquino, Doctor de la Iglesia.

Oración

Felipe, glorioso Patrono mío, alcánzame parte de ese don que has tenido tan abundantemente. ¡Ay! Tu corazón ardía de amor, y el mío está totalmente frío hacia Dios y solamente vivo para las criaturas. Amo el mundo, que nunca me hará feliz. Mi deseo más elevado es irme bien de aquí abajo. Dios mío, ¿cuándo aprenderé a no amar nada más que a Ti? Alcánzame, Felipe, un amor puro, un amor fuerte, y un amor eficaz, para que amando a Dios sobre la tierra, pueda gozar de Su visión, junto contigo y con todos los santos, eternamente en el cielo.

(3)

LA PRÁCTICA DE ORACIÓN DE FELIPE

19 de mayo

Desde cuando era muchacho el siervo de Dios se dio a la oración, hasta que adquirió tal hábito de rezar que allí donde estuviera su mente se elevaba a las cosas celestiales.

Algunas veces se olvidaba de comer, y otras, cuando se estaba vistiendo, dejaba de hacerlo, llevado en sus pensamientos hacia el cielo, con los ojos abiertos, aunque abstraído de todas las cosas que le rodeaban.

Era más fácil para Felipe pensar en Dios que para los hombres del mundo pensar en el mundo.

Si alguien entraba de improviso en su habitación, era lo más probable que lo encontrase tan absorto en la oración que, al hablarle, no le respondiese correctamente, teniendo que ir y venir una o dos veces por la habitación hasta que volvía en sí.

Si se entregaba a su hábito de oración, aún en el grado más insignificante, inmediatamente se perdía en la contemplación.

Era necesario distraerlo para que el continuo esfuerzo de la mente no fuera perjudicial a su salud.

Antes de tratar algún asunto, aunque fuese trivial, siempre rezaba. Cuando respondía una pregunta nunca lo hacía si primero no se recogía en silencio.

Comenzaba a orar cuando se iba a la cama y tan pronto como se despertaba, y no acostumbraba dormir más que cuatro horas, o cinco como mucho.

Algunas veces, si alguien manifestaba que había visto a Felipe ir a la cama tarde o levantarse temprano para orar, respondía, "El paraíso no está hecho para haraganes".

En las fiestas más solemnes, en momentos de urgente necesidad espiritual, y sobre todo en Semana Santa, estaba absorto en oración mucho más que lo habitual.

A aquellos que no podían hacer largas meditaciones les aconsejaba elevar sus mentes a Dios con jaculatorias como "Jesús, aumenta mi fe", "Jesús, haz que nunca pueda ofenderte".

Felipe introdujo la oración en familia en muchas de las casas principales de Roma.

Cuando uno de sus penitentes le pidió que le enseñara cómo orar, le respondió, "Se humilde y obediente, y el Espíritu Santo te enseñará".

Tenía una devoción especial a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, y diariamente le suplicaba con oraciones fervientes sus dones y gracias.

Una vez, cuando estaba pasando la noche en oración en la Catacumbas, tuvo lugar ese gran milagro: la divina presencia del Espíritu Santo descendía sobre él bajo la apariencia de una bola de fuego, entraba en su boca y se alojaba en su pecho. Desde aquel momento tuvo una palpitación de corazón sobrenatural.

ANÓNIMO, *San Felipe Neri*.

Acostumbraba decir que cuando nuestras peticiones están en camino de ser concedidas, no debemos dejarlas sino orar con tanto fervor como antes.

Recomendaba especialmente a los principiantes meditar sobre las cuatro postrimerías, y decía que aquel que en esta vida no descendía al infierno en sus pensamientos y temores, corría el gran riesgo de ir allí cuando muriera.

Cuando descaba mostrar la necesidad de la oración, decía que un hombre sin oración es un animal sin razón.

Muchos de sus discípulos adelantaron mucho en esta práctica, no sólo religiosos sino personas seglares, artesanos, mercaderes, médicos, abogados y cortesanos, y llegaron a ser tales hombres de oración que recibieron favores extraordinarios de Dios.

Oración

Felipe, mi santo Patrono, enséñame por tu ejemplo y alcánzame por tu intercesión, buscar a mi Señor y Dios en todo tiempo y lugar, y vivir en Su presencia y en santa relación con Él. Como los hijos de este mundo

buscan a los hombres ricos o de rango social por el favor que desean, así se eleven siempre mis ojos, mis manos y mi corazón, hacia el cielo, y acuda a la Fuente de todo bien por esos bienes que necesito. Como los hijos de este mundo conversan con sus amigos y encuentran placer en su compañía, pueda yo estar siempre en comunión con los Santos y los Ángeles, y con la Santísima Virgen, la Madre de mi Señor. Ora conmigo, Felipe, como orabas con tus penitentes aquí abajo, y entonces la oración llegará a ser dulce para mí, como lo fue para ellos.

(4)

LA PUREZA DE FELIPE

20 de mayo

Conociendo bien Felipe cuánto se complace Dios en los puros de corazón, no bien hubo llegado a los años de discreción y a poder distinguir entre el bien y el mal, le hizo la guerra a los males y sugerencias de su enemigo, y nunca descansó hasta haber ganado la victoria. Por eso, a pesar de haber vivido en el mundo cuando joven, y encontrarse con toda clase de personas, preservó su virginidad inmaculada en esos peligrosos años de su vida.

Nunca se escuchó palabra alguna de sus labios que pudiera ofender la modestia más rigurosa, y la misma bella virtud manifestó en el vestir, en su porte y en su semblante.

Un día, mientras era todavía laico, algunas personas disolutas le tentaron impudicamente a cometer pecado. Cuando vio que huir era imposible, comenzó a hablarles de lo horrible que es el pecado y de la temible presencia de Dios. Hizo esto con una aflicción tan manifiesta, con tal seriedad y fervor, que sus palabras traspasaron como una espada aquellos corazones abandonados, y no sólo los persuadió de renunciar a sus horribles pensamientos sino que los rescató de sus malos caminos.

En otra ocasión, algunos malos hombres, de esos que están acostumbrados a pensar que nadie es mejor que ellos mismos, le invitaron con algún pretexto a su casa, creyendo que él no era lo que el mundo pensaba, y teniéndole allí le empujaron hacia una gran tentación. Felipe, en esa situación, encontrando las puertas cerradas, se arrodilló y comenzó a rezar a Dios con un fervor tan asombroso y una elocuencia celestial tan sincera, que los dos pobres desgraciados que estaban en la habitación no se atrevieron a hablarle y al final ellos mismos le dejaron y le dieron un modo de escapar.

Su virginal pureza brillaba en su rostro. Sus ojos eran tan claros y brillantes, hasta los últimos años de su vida, que ningún pintor tuvo éxito en darles la expresión verdadera, y no era fácil para nadie mantener la mirada fija en él por mucho tiempo, pues les deslumbraba como un ángel del paraíso.

Más aún, hasta su vejez su cuerpo emitió una fragancia que, todavía en la decrepitud de su ancianidad, estimulaba a quienes se le acercaban, y muchos decían sentir una devoción infusa por el solo hecho de oler sus manos.

En cuanto al vicio opuesto, el mal olor del mismo no era para el santo una manera figurada de hablar sino una realidad, de modo que podía detectar a aquellos cuyas almas estaban ennegrecidas por el vicio. Y acostumbraba decir que era tan horrible que nada en el mundo podía igualársele, nada, salvo el mismo

espíritu maligno. Antes de que sus penitentes empezaran a confesarse decía a veces, 'Hijo mío, ya conozco tus pecados'.

Muchos confesaron que habían sido liberados inmediatamente de las tentaciones al imponerles sus manos sobre la cabeza. La misma mención de su nombre tenía el poder de proteger como un escudo a los que eran asediados por los fieros dardos de Satanás.

Exhortaba a los hombres a no confiar nunca en sí mismos, cualesquiera fuese la experiencia que pudieran tener de sí mismos, o por más prolongados que fuesen sus hábitos virtuosos.

Acostumbraba decir que la humildad es la verdadera custodia de la castidad, que no tener piedad de otros en tales casos prepara una rápida caída en nosotros, y que cuando encontraba un hombre censor, seguro de sí mismo, y sin temor, le daba por perdido.

Oración

Felipe, mi glorioso Patrono, que siempre guardaste immaculado el blanco lirio de tu pureza, con tan celoso cuidado que la majestad de esta bella virtud irradiaba de tus ojos, brillaba en tus manos, y era fragancia en tu aliento, alcázame ese don del Espíritu Santo, de manera que ni las palabras ni el ejemplo de los pecadores puedan nunca impresionar mi alma. Y como mi espantoso enemigo debe ser sometido evitando las ocasiones de pecado, orando, manteniéndome ocupado, y frecuentando los Sacramentos, dame la gracia de perseverar en estas prácticas necesarias.

(5)

LA TERNURA DE CORAZÓN DE FELIPE

21 de mayo

Felipe no podía soportar la visión del sufrimiento, y aunque aborrecía las riquezas siempre quiso tener dinero para darlo como limosna.

No podía resistir ver a niños insuficientemente vestidos, y hacía todo lo que podía para conseguir ropas nuevas para ellos.

La opresión y el sufrimiento le perturbaban especialmente. Cuando un noble romano fue acusado falsamente de haber matado a un hombre y fue encarcelado, él fue rápidamente a exponer su causa ante el Papa, y obtuvo su liberación.

Un sacerdote fu acusado por algunas personas influyentes, y debía probablemente sufrir por ello. Felipe asumió su caso con tal ardor que estableció su inocencia ante el público.

Otra vez, escuchando acerca de algunos gitanos que habían sido injustamente condenados a trabajos forzados, fue a ver al Papa y procuró su libertad. Su amor a la justicia era tan grande como su ternura y compasión.

Poco después de llegar a ser sacerdote hubo un hambre muy severo en Roma, y le enviaron seis hogazas de pan como presente. Sabiendo que en la misma casa había un pobre extranjero sufriendo por falta de alimento, se los dio todos, y no tuvo para comer el primer día nada más que aceitunas.

Felipe sentía un especial afecto hacia los artesanos y los que encontraban difícil vender sus artículos. Había dos relojeros, hábiles artistas, pero viejos y cargados con familias numerosas. Él les hizo un gran pedido de relojes y contribuyó a venderlos entre sus amigos.

Su celo y liberalidad brillaban especialmente hacia las niñas pobres. Les proveía cuando no tenían otros medios. Encontró las dotes para el matrimonio de algunas de ellas, y para otras dio lo que era suficiente para obtener su admisión en conventos.

Era particularmente bueno con los prisioneros, a quienes enviaba dinero algunas veces en la semana.

No ponía límite a su afecto por los pobres vergonzantes y tímidos, siendo más generoso en las limosnas para ellos.

Los estudiantes pobres eran otro objeto de su especial compasión. Les proveía no sólo de alimento y vestido sino también de libros para sus estudios. Para ayudar a uno de ellos vendió todos sus propios libros.

Sentía muy vivamente cualquier amabilidad que le hicieran, por lo cual uno de sus amigos dijo, "No puedes hacer a Felipe un presente sin recibir de él otro de doble valor".

Tenía mucha ternura con los animales. Viendo que alguien ponía su pie sobre una lagartija exclamó, "¡Cruel amigo! ¿qué te ha hecho ese pobre animal?"

Viendo que un carnicero hería a un perro con uno de sus cuchillos no se pudo contener, y tuvo gran dificultad en mantenerse tranquilo.

No podía soportar la menor crueldad con animales bajo ningún pretexto. Si un pájaro entraba en una habitación dejaba la ventana abierta para que no fuera atrapado.

Oración

Felipe, mi glorioso defensor, enséñame a mirar todo lo que me rodea según tu ejemplo, como criaturas de Dios. No dejes que olvide jamás que el mismo Dios que me hizo a mí hizo el mundo entero, y todos los hombres y animales que hay en él. Alcánzame la gracia de amar todas las obras de Dios por amor a Él, y a todos los hombres por amor a mi Señor y Salvador que los ha redimido en la cruz. Haz que sea especialmente tierno, compasivo y amoroso con todos los cristianos, como hermanos en la gracia. Y tú, que fuiste tan afectuoso con todos en la tierra, se especialmente afectuoso con nosotros, compadécete de nosotros, tennos paciencia en todas nuestras tribulaciones, y alcánzanos de Dios, con quien habitas en la luz beatífica, todas las ayudas necesarias para llevarnos seguros hacia Él y hacia ti.

(6)

LA ALEGRÍA DE FELIPE

22 de mayo

Felipe recibía con singular benignidad a aquellos que iban a consultarle, y los recibía aunque fueran extraños con tanto afecto como los hubiera estado esperando por largo tiempo. Cuando la situación pedía estar alegre, estaba alegre, y cuando pedía sentir simpatía con los afligidos estaba igualmente dispuesto.

Algunas veces dejaba sus oraciones y se unía a los deportes y a las bromas con los jóvenes, y con esta dulzura, condescendencia y alegre conversación, ganaba sus almas.

No podía soportar que nadie estuviera abatido o preocupado, porque esto siempre hace daño a la espiritualidad, y cuando veía alguien serio y melancólico acostumbraba decirle, "Esté alegre". Tenía una particular y marcada inclinación por las personas de buen humor.

Al mismo tiempo era un gran enemigo de cualquier grosería o estupidez, porque un espíritu bufón no sólo no adelanta en la religión sino que suprime del todo aún lo que ya está allí.

Un día le devolvió el buen humor al Padre Francisco Bernardi, de la Congregación del Oratorio, pidiéndole simplemente que corriera con él, diciéndole, "Vamos, hagamos una carrera juntos".

Sus penitentes sentían esa alegría al estar en su habitación, y decían que la habitación de Felipe no era una habitación sino un paraíso terrenal.

Para otros, sólo estar parados en la puerta de su habitación, sin entrar, era un alivio de todas sus preocupaciones. Otros recobraban la paz mental perdida con sólo mirar a Felipe en el rostro. Soñar con él era suficiente para consolar a muchos. En una palabra, Felipe fue un perpetuo alivio para todos lo que estaban perplejos y tristes.

Nadie vio jamás a Felipe melancólico. Todos los que iban a verle le encontraban siempre con alegría y sonriente, aunque con una mezcla de gravedad.

Cuando estaba enfermo no hacía mucho por recibir sino por dar consolación. Nunca se escuchó que cambiara su voz como hacen generalmente los inválidos, sino que hablaba en el mismo tono sonoro que cuando estaba sano. Una vez, cuando los médicos le habían desahuciado, dijo con el salmista, *"Paratus sum et non sum turbatus"* ("Estoy preparado y no perturbado"). Recibió la Extremaunción cuatro veces, con el mismo rostro calmo y alegre.

Oración

Felipe, mi glorioso defensor, que siempre seguiste los preceptos y el ejemplo del Apóstol San Pablo alegrándote siempre en todas las cosas, alcánzame la gracia de la perfecta resignación a la voluntad de Dios, de la indiferencia por los asuntos de este mundo, y una constante visión del cielo, de modo que nunca pueda decepcionarme ante las cosas que disponga la divina providencia, nunca abatirme, nunca entristecerme, nunca quejarme. Que mi rostro pueda siempre ser abierto y alegre, y mis palabras bondadosas y agradables,

para llegar a ser como aquellos que en cualquier estado de vida tienen el más grande de los bienes, el favor de Dios y la perspectiva de la eterna bienaventuranza.

(7)

LA PACIENCIA DE FELIPE

23 de mayo

Felipe fue durante muchos años el blanco y el hazmerreír de todos los parásitos de los grandes palacios de la nobleza de Roma, que hablaban de él todo lo malo que les venía a la cabeza, porque no les gustaba ver un hombre virtuoso y concienzudo.

Estas habladurías sarcásticas duraron años y años, de modo que Roma estaba llena de ellas, y en todos los negocios y casas de dinero los ociosos y malvivientes no hacían sino ridiculizar a Felipe.

Cuando le hacían alguna calumnia, no se ofendía en lo más mínimo sino que con la calma más grande se contentaba con sonreír.

Una vez, una sirviente de un noble comenzó a abusar de él con tal insolencia que una persona de consideración que era testigo del insulto estuvo a punto de ponerle las manos encima, pero cuando vio con qué gentileza y buen humor lo tomaba Felipe, se contuvo, y desde entonces consideró a Felipe como un santo.

Algunas veces, sus propios hijos espirituales, y aún aquellos que estaban bajo una obligación más grande hacia él, le trataban como si fuera una persona ruda y tonta, pero él no les mostraba ningún resentimiento.

Una vez, cuando era Superior de la Congregación, uno de sus súbditos le arrebató una carta de sus manos, pero el santo tomó la afrenta con incomparable mansedumbre, y ni en la mirada, ni en las palabras, ni en el gesto mostró la mínima emoción.

La paciencia había llegado a ser un hábito tan completo en él, que nunca fue visto en actitud pasional. Controlaba el primer movimiento que fuese un sentimiento resentido, se calmaba su rostro instantáneamente, y seguía con su habitual sonrisa modesta.

Oración

Felipe, mi santo defensor, que soportaste la persecución y la calumnia, el dolor y la enfermedad, con tan admirable paciencia, alcánzame la gracia de una verdadera fortaleza en todas las tribulaciones de esta vida. ¡Ay, cómo necesito de la paciencia! Retrocedo ante cada pequeño inconveniente, me enfermo ante cada pequeña aflicción, me enciendo ante cada insignificante contradicción, me irrito y estoy de mal humor con cada pequeño sufrimiento del cuerpo. Alcánzame la gracia de entrar con buena voluntad de corazón en esas cruces tal como las reciba día a día de mi Padre Celestial. Haz que te imite, así como tú imitaste a mi Señor y Salvador, de manera que, así como alcanzaste el cielo por tu calma resistencia en el cuerpo y en el dolor mental, pueda yo también alcanzar el mérito de la paciencia y la recompensa de la vida eterna.

(8)

EL CUIDADO DE FELIPE POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

24 de mayo

Cuando era un joven sacerdote, y había congregado a su alrededor un grupo de personas espirituales, su primer deseo fue ir con ellos a predicar el evangelio a los paganos de la India, donde San Francisco Javier estuvo dedicado a su maravillosa vocación, y solamente abandonó la idea por obediencia a los santos varones a quienes había consultado.

En cuanto a los malos cristianos de casa, tenía un deseo tan extremo de su conversión que aún de viejo se disciplinaba severamente en su beneficio, y lloraba sus pecados como si hubieran sido los suyos.

Siendo laico convirtió con un sermón a treinta jóvenes disolutos.

Tuvo éxito, con la gracia de Dios, en volver al camino de la santidad un número casi infinito de pecadores. Muchos clamaban en la hora de la muerte, '¡Bendito el día cuando conocí por primera vez al Padre Felipe!'. Otros decían, 'El Padre Felipe atrae las almas como el magneto atrae al hierro'.

En vistas al cumplimiento de lo que consideraba su misión especial, se entregó por completo a escuchar confesiones, privilegiándola a cualquier otra ocupación. Antes de que saliera el sol ya había confesado un buen número de penitentes en su propia habitación. Bajaba a la iglesia al amanecer, y nunca la dejaba hasta el mediodía, excepto para celebrar Misa. Si no venía ningún penitente permanecía cerca de su confesionario, leyendo, rezando el oficio divino, o el rosario. Si estaba en oración, o comiendo, lo dejaba inmediatamente cuando venían sus penitentes.

Nunca interrumpía las confesiones por cualquier enfermedad, a menos que los médicos se lo prohibiesen.

Por la misma razón dejaba la puerta de su habitación abierta, para estar expuesto a la vista de cualquiera que pasara.

Tenía una particular preocupación acerca de los muchachos y de los hombres jóvenes. Estaba muy ansioso en tenerlos siempre ocupados, porque sabía que la ociosidad es la madre de todos los males. Algunas veces creaba el trabajo para ellos cuando no podía encontrar ninguno.

Les dejaba hacer todo el ruido que querían a su alrededor, con tal de alejarlos de la tentación. Cuando un amigo le retó por dejarlos interferir de ese modo, le contestó, 'En tanto no cometan pecado, pueden cortar madera sobre mi espalda'.

Los padres dominicos le permitieron sacar sus novicios para la recreación. Acostumbraba deleitarse al mirarlos en su comida de vacación, y decía, 'Comed, hijos míos, y no tengáis ningún escrúpulo al hacerlo, pues me hace engordar vigilaros'. Y luego, cuando la cena había terminado, los hacía sentar en círculo y les contaba los secretos de sus corazones, dándoles buenos consejos y exhortándoles a la virtud.

Tenía una poder destacable para consolar a los enfermos, y para librarlos de las tentaciones con que el demonio los asedia.

Al celo por la conversión de las almas, Felipe unía siempre el ejercicio de actos corporales de misericordia. Visitaba a los enfermos en los hospitales, les servía en todas sus necesidades, les hacía las camas, barría el piso a su alrededor, y les daba de comer.

Oración

Felipe, mi santo Patrono, que fuiste tan cuidadoso de las almas de tus hermanos, y especialmente de tu propio pueblo, cuando estabas en la tierra, no dejes de cuidarlos ahora que estás en el cielo. Quédate con nosotros, que somos tus hijos y tus clientes, y con el gran poder que tienes con Dios, y tu íntima percepción de nuestras necesidades y peligros, guíanos por el camino que lleva a Dios y a ti. Sé para nosotros un padre bueno. Haz que nuestros sacerdotes sean intachables y estén más allá del reproche y del escándalo. Haz que nuestros niños sean obedientes, nuestros jóvenes prudentes y castos, nuestros padres de familia sabios y amables, nuestros ancianos alegres y fervientes, y haznos crecer, por tu poderosa intercesión, en la fe, la esperanza, la caridad, y todas las virtudes.

(9)

LOS MILAGROSOS DONES DE FELIPE

25 de mayo

Las grandes y sólidas virtudes de Felipe fueron coronadas y adornadas por la divina Majestad con varios favores extraordinarios, que quiso en lo posible ocultar con artificios, pero en vano.

Le plugo a Dios hacerlo capaz de penetrar Sus inefables misterios y conocer Sus maravillosas providencias por medio de éxtasis, raptos y visiones, que ocurrieron frecuentemente durante toda su vida.

Una mañana fue a confesarse con él un amigo, y al abrir suavemente la puerta de su habitación vio al santo en oración, elevado sobre sus pies, con sus ojos fijos en el cielo y sus manos extendidas. Se quedó observándole un momento, y luego se acercó y le habló, pero el santo no se dio cuenta de su presencia en absoluto. Este estado de abstracción continuó por ocho minutos, y luego volvió en sí.

Tenía la consolación de ver las almas de muchos ir al cielo, especialmente sus amigos y penitentes. Ciertamente aquellos que intimaban con él tenían por seguro que ninguno de sus hijos espirituales moría sin que él certificara el estado de sus almas.

Felipe, tanto por su santidad como por su experiencia, era capaz de distinguir las visiones verdaderas de las falsas. Era muy serio en advertir a los hombres para no ser engañados, lo cual es muy fácil y probable.

Felipe fue eminente de modo especial, aún entre los santos, en el don de predecir el futuro y leer los corazones. Los ejemplos de estos dones podrían llenar volúmenes. Predijo las muertes de muchos, la recuperación de otros, el futuro de otros, el nacimiento de niños a los que no tenían hijos. Predijo quienes serían Papas antes de su elección. Tenía el don de ver cosas a distancia, y conocía lo que estaba pasando en la mente de sus penitentes y de las personas que le rodeaban.

Sabía si sus penitentes habían dicho sus oraciones y cuánto tiempo habían rezado. Muchos de ellos, cuando hablaban juntos, si la conversación se ponía peligrosa o mala, decían, "Debemos parar, porque San Felipe lo descubrirá".

Una vez, llegó una mujer para confesarse, cuando en realidad lo que quería era una limosna. Él le dijo, "En nombre de Dios, buena mujer, vete; no hay pan para ti", y nada pudo inducirlo a escucharla en confesión.

Un hombre que fue a confesarse con él no hablaba sino que comenzó a temblar, y cuando le preguntó por qué le contestó, "Estoy avergonzado", porque había cometido un pecado muy grave. Felipe le dijo amablemente, "No tengas miedo. Yo te diré lo que fue", y ante el asombro del penitente se lo dijo.

Tales ejemplos son innumerables. No hubo ni una sola persona que intimara con Felipe que no afirmara que él conocía los secretos del corazón maravillosamente.

Era casi tan maravilloso su poder de curar y devolver la salud. Quitaba el dolor tocando con su mano y haciendo la señal de la cruz. Del mismo modo curó enfermedades instantáneamente, otras veces con la oración, y otras les ordenaba a las enfermedades que se fueran.

Este don era tan bien conocido que las personas enfermas conseguían sus ropas, sus zapatos, o el recorte de sus cabellos, y Dios los curaba por estos medios.

Oración

Felipe, mi santo Patrono, las heridas y enfermedades de mi alma son más grandes que las del cuerpo, y están más allá de tu curación, aún con tu poder sobrenatural. Sé que mi Señor Omnipotente tiene en Sus manos recuperar al alma de la muerte, y la curación de todas sus enfermedades. Pero tú puedes hacer más por nuestras almas ahora con tus oraciones, mi querido Santo, que lo que hiciste por los cuerpos de aquellos que recurrían a ti cuando estabas en la tierra. Ruega por mí, para que el Médico Divino del alma, que solamente es quien lee mi corazón a fondo, pueda limpiarlo a fondo, y para que yo y todos los que me son queridos podamos ser purificados de todos nuestros pecados. Y como debemos morir, todos y cada uno, que muramos como tú en la gracia y el amor de Dios, y con la seguridad, como tú, de la vida eterna.

CUATRO ORACIONES A SAN FELIPE¹

ORACIÓN I

Felipe, mi amado y santo Patrono, me pongo en tus manos, y por amor a Jesús, a causa de ese amor que te eligió y te hizo santo, te imploro que ruegues por mí, para que así como Él te ha llevado al cielo, me lleve también a mí al cielo en el momento debido.

Tú has tenido experiencia de las pruebas y tribulaciones de esta vida. Tú conoces bien lo que es soportar los asedios del demonio, la burla del mundo, y las tentaciones de la carne y la sangre. Tú conoces cuán débil es la naturaleza humana, y cuán traicionero el humano corazón, y estás tan lleno de simpatía y compasión que, en medio de tu inefable gloria y beatitud presente, sé que puedes pensar en mí.

Piensa en mí entonces, mi amado San Felipe, estad seguro de pensar en mí aunque yo a veces no piense en ti. Alcánzame todas las cosas necesarias para mi perseverancia en la gracia de Dios, y mi eterna salvación. Alcánzame, por tu poderosa intercesión, la fuerza para luchar el buen combate, para dar testimonio audaz de Dios y de la religión en medio de los pecadores, para ser valiente cuando Satanás me atemorice o me fuerce a hacer lo que está mal, para vencerme a mí mismo, para hacer mi deber completamente, y ser así absuelto en el juicio.

Vaso del Espíritu Santo, Apóstol de Roma, Santo de los tiempos antiguos, ruega por mí.

ORACIÓN II

Felipe, mi amado y santo Patrono, me pongo en manos, y por amor a Jesús, a causa de ese amor que te eligió y te hizo santo, te imploro que ruegues por mí, para que así como Él te ha llevado al cielo, me lleve también a mí al cielo en el momento debido.

■ ¹ Son parte de una Novena inacabada, que termina abruptamente en la oración del cuarto día.

Te pido especialmente me alcances una verdadera devoción, como la que tuviste, al Espíritu Santo, la Tercera Persona de la siempre bendita Trinidad, para que así como Él llenó milagrosamente tu corazón con su gracia en Pentecostés, yo también pueda a mi medida tener los dones necesarios para mi salvación.

Por tanto, te pido me alcances esos Sus siete grandes dones, para que dispongan y exciten mi corazón hacia la fe y la virtud.

Implora para mí el don de la Sabiduría, para que pueda preferir el cielo a la tierra, y discernir la verdad de la falsedad,

El don de Entendimiento, por el cual pueda tener impresos en mi mente los misterios de Su Palabra,

El don de Consejo, para que pueda ver mi camino en los momentos de perplejidad,

El don de Fortaleza, para que pueda combatir con mi enemigo con valentía y tenacidad,

El don de Ciencia, para ser capaz de dirigir todas mis acciones con pura intención a la gloria de Dios,

El don de Piedad, para hacerme devoto y hombre de conciencia,

Y el don del santo Temor, para hacerme sentir respeto, reverencia y sobriedad, en medio de todas mis bendiciones espirituales.

El más dulce de los Padres, Flor de pureza, Mártir de la caridad, ruega por mí.

ORACIÓN III

Felipe, mi amado y santo Patrono, me pongo en manos, y por amor a Jesús, a causa de ese amor que te eligió y te hizo santo, te imploro que ruegues por mí, para que así como Él te ha llevado al cielo, me lleve también a mí al cielo en el momento debido.

Te ruego me alcances una verdadera devoción al Espíritu Santo, por medio de esa gracia que otorga Él mismo, la Tercera Persona de la gloriosa Trinidad. Alcánzame una porción de esa rebotante devoción que tuviste hacia Él cuando estabas en la tierra, pues era, mi amado padre, uno de tus especiales distintivos entre los otros santos, que, aunque todos ellos adoraban suprema y solamente al Espíritu Santo como su único Dios, tú, como el Papa San Gregorio, el Apóstol de Inglaterra, le adorabas no sólo en la unidad de la Divinidad sino también como procedente del Padre y del Hijo, el don del Altísimo y el Dador de vida.

Alcánzame, santo Felipe, tal medida de tu devoción a Él, que, así como se dignó venir a tu corazón milagrosamente y encenderlo con el fuego del amor, pueda recompensarnos también con algún don especial de la gracia que corresponda. Felipe, no dejes que seamos los fríos hijos de un Padre tan fervoroso. Sería un gran reproche para ti si no nos hicieras en alguna medida como tú. Alcánzanos la gracia de la oración y la

meditación, el poder de dirigir nuestros pensamientos y guardarlos de las distracciones, y el don de conversar con Dios sin estar cansados.

Corazón de fuego, Luz de santa alegría, Víctima de amor, ruega por mí.

ORACIÓN IV

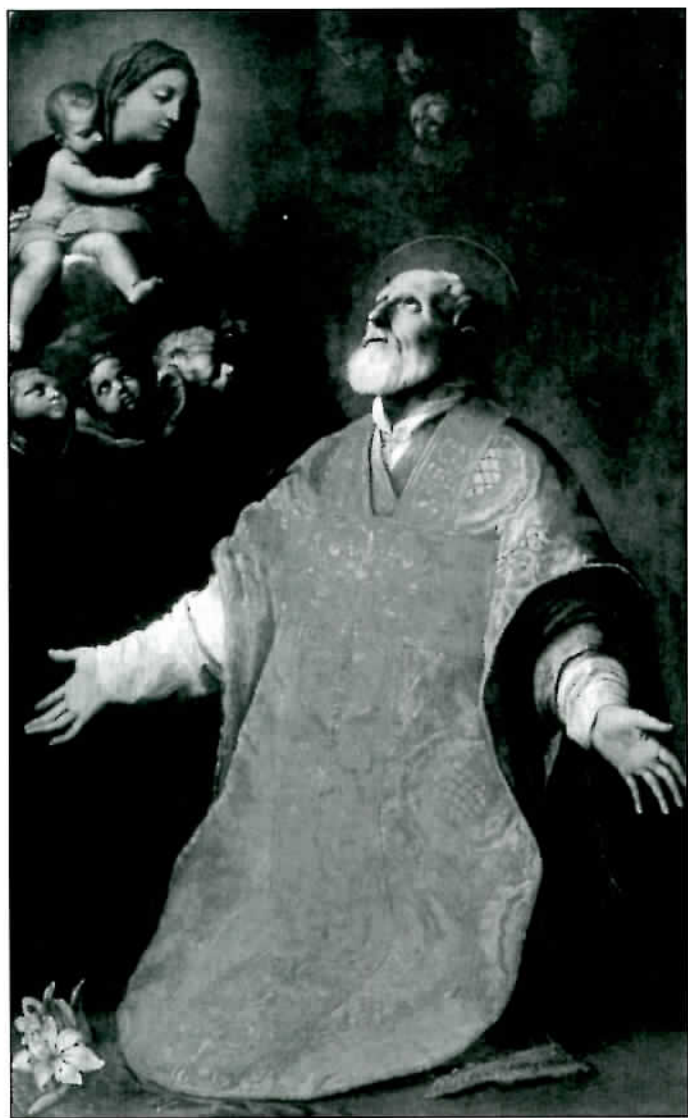
Felipe, mi amado y santo Patrono, me pongo en manos, y por amor a Jesús, a causa de ese amor que te eligió y te hizo santo, te imploro que ruegues por mí, para que así como Él te ha llevado al cielo, me lleve también a mí al cielo en el momento debido.

Tú eres mi glorioso protector, y después de Jesús, María y José, puedes hacer mucho por mí en la vida y en la muerte. En tus trabajos seguiste a tu Señor y Salvador, y en tu vida escondida y en tus virtudes ocultas, en tu pureza, humildad y fervor, estás más cerca de María y José que todos los santos. Hace tiempo que me he consagrado a ti, pero no he hecho nada digno de ti, y estoy avergonzado de llamarme tuyo, porque tú tienes derecho a tener seguidores de gran inocencia, de gran honestidad de propósitos y gran resolución, y estas virtudes no las tengo.

Tú, Felipe, no estás inquieto por ti porque ya estás en el cielo, por lo tanto, puedes cuidar de mí. Vigíleme, guárdame para que no me atrase, alcánzame la gracia necesaria para continuar con mi deber, de modo que pueda progresar en todas las virtudes, en las tres virtudes teologales, la fe, la esperanza y la caridad, y en las cuatro virtudes cardinales, la prudencia, la fortaleza, la justicia y la templanza, y además en la humildad, la castidad, la liberalidad, la mansedumbre y la veracidad.

Director de almas, Patrono de todos los tuyos, que convertiste tantos corazones a Dios, ruega por mí.

LETANIA DE SAN FELIPE



GUIDO RENI, *San Felipe Neri*.

■ ¹ Newman la compuso alrededor de 1851, alterándola de tanto en tanto hasta que se imprimió en 1856.

Señor, ten misericordia
Señor, ten misericordia
 Cristo, ten misericordia
Cristo, ten misericordia
 Señor, ten misericordia
Señor, ten misericordia
 Cristo, óyenos
Cristo, óyenos bondadosamente

Dios Padre Celestial
Ten misericordia de nosotros
 Dios Hijo, Redentor del mundo
Ten misericordia de nosotros
 Dios Espíritu Santo
Ten misericordia de nosotros
 Trinidad Santísima, un solo Dios
Ten misericordia de nosotros

Santa María
 Santa Madre de Dios
 Santa Virgen de las vírgenes
 San Felipe
 Vaso del Espíritu Santo
 Hijo de María
 Apóstol de Roma
 Consejero de los Papas
 Voz de profecía
 Hombre de los tiempos antiguos
 Santo victorioso
 Héroe escondido
 El más dulce de los Padres
 Flor de pureza
 Mártir de la caridad
 Corazón de fuego
 Discernidor de los espíritus
 El más escogido de los sacerdotes
 Espejo de la vida divina
 Modelo de humildad
 Ejemplo de simplicidad
 Luz de santa alegría
 Imagen de la niñez
 Retrato de la ancianidad
 Director de almas

Ruega por nosotros

Ruega por nosotros

Guía bondadoso de la juventud
 Patrono de los tuyos
 Tú que observaste la castidad en tu juventud
 Tú que buscaste a Roma con el divino consejo
 Tú que te ocultaste tanto tiempo en las Catacumbas
Ruega por nosotros
 Tú que recibiste el Espíritu Santo en tu corazón
 Tú que experimentaste tan maravillosos éxtasis
 Tú que serviste tan amorosamente a los pequeños
 Tú que lavaste los pies de los peregrinos
 Tú que tuviste sed ardiente por el martirio
 Tú que difundiste la palabra de Dios de cada día
 Tú que convertiste tantos corazones a Dios
 Tú que conversaste tan dulcemente con María
 Tú que resucitaste a los muertos
 Tú que estableciste tus casas en todas las regiones

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo
Perdónanos Señor
 Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo
Escúchanos bondadosamente, Señor
 Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo
Ten misericordia de nosotros
 Cristo, óyenos
Cristo, óyenos bondadosamente

San Felipe, ora por nosotros
Para que merezcamos alcanzar las promesas de Cristo

V. Recuerda tu Congregación
 R. Que te pertenece desde el principio

Oremos

Dios, que has exaltado a San Felipe, Confesor Tuyo, a la gloria de Tus santos, concede que así como nos regocijamos en su conmemoración, podamos aprovechar los ejemplos de sus virtudes, por Cristo nuestro Señor. Amén.

Parochial and Plain Sermons, VIII, 9

Predicado el 12 de septiembre de 1830 en St Mary the Virgin, Oxford

JEREMÍAS, UNA LECCION PARA LOS QUE ESTAN DECEPCIONADOS

TRADUCCIÓN
FERNANDO MARÍA CAVALIER

No les tengáis miedo, que contigo estoy Yo para salvarte -oráculo del Señor- (Jer 1,8)

Los Profetas fueron siempre ingratamente maltratados por los israelitas, que les opusieron resistencia, desatendieron sus advertencias y olvidaron sus buenos servicios. Pero hubo una diferencia entre los primeros y los últimos Profetas. Los primeros vivieron y murieron con honores tributados externamente por su pueblo, y aunque odiados y frustrados por los malvados, fueron exaltados a puestos elevados y gobernaron la comunidad. Moisés, por ejemplo, tuvo problemas a causa de su pueblo durante toda su vida, pero hacia el final fue su legislador y juez. También Samuel, incluso rechazado, fue sin embargo reverenciado y cuando murió, todo Israel se congregó para llorarle y lo sepultaron en su heredad, en Ramá (1 Sam 25,1). David murió en el trono real. Pero en los últimos tiempos, los Profetas fueron no sólo temidos y odiados por los enemigos de Dios, sino echados fuera de la viña. En la medida en que se aproximaba la llegada del verdadera Profeta de la Iglesia, el Hijo de Dios, se le parecieron en sus infortunios terrenales más y más, y así como Él tenía que sufrir, así sufrieron ellos. Moisés fue un gobernante, Jeremías fue un proserito; Samuel fue enterrado en paz, Juan Bautista fue decapitado. En palabras de San Pablo, 'soportaron burlas y azotes, y hasta cade-

nas y prisiones, fueron apedreados, torturados, aserrados, muertos a espada; anduvieron errantes cubiertos de pieles de oveja y de cabras; faltos de todo; oprimidos y maltratados, ¡hombres de los que no era digno del mundo!, errantes por desiertos y montañas, por cavernas y antros de la tierra' (Heb 11,36-38).

De estos, son ejemplos de errantes Elías, que vivió en el desierto, y los cien profetas a quienes Abdías dio de comer de a cincuenta en una cueva (1 Re 18,4). Y Miqueas, que fue llamado el pan de la aflicción y el agua de la aflicción por un rey idólatra, es el caso de aquellos que 'soportaron cadenas y prisiones'. De los que fueron vistos partidos y caídos por la espada, Isafas es el principal, ya que según la tradición fue cortado con una sierra de madera por orden de Manasés, el hijo de Ezequías. Y de los que fueron apedreados, ninguno tan famoso como Zacarías, hijo de Baraquías, que fue muerto entre el Santuario y el altar' (Mt 23,35). Pero de todos los Profetas perseguidos Jeremías es el más eminente. Sabemos mucho de su historia, de sus prisiones, de sus advertencias y aflicciones. Puede ser tomado como representativo de los Profetas, y por ello es un

tipo especial de nuestro Señor y Salvador. Todos los Profetas fueron tipos del Gran Profeta cuyo camino prepararon; tiende hacia Cristo y hablan de Él. En sus sufrimientos prefiguran Su sacerdocio, en sus enseñanzas Su oficio profético, y en sus milagros Su poder real. La historia de Jeremías, entonces, al ser delineada en la Escritura con más circunstancias que la de los otros Profetas, es el tipo más exacto de Cristo entre ellos, después de David, quien, por supuesto, fue el más semejante de todos, como sufriente, maestro inspirado y rey. Jeremías viene cerca de David, no digo en dignidad y privilegio, porque Elías fue arrebatado al cielo y apareció en la transfiguración, ni en la inspiración, porque a Isaías se debe asignar los dones evangélicos más elevados, sino en cuanto tipifica a Cristo que llegó y lloró sobre Jerusalén, y luego fue torturado y muerto por aquellos por quienes había llorado. Por eso, cuando llegó nuestro Señor, mientras algunos pensaban que era Elías y otros Juan el Bautista que había resucitado, había otros que creían que era Jeremías. De él hablaré como ejemplar de todos aquellos Profetas a quienes San Pablo nos presenta como ejemplos de fe, y Santiago como ejemplos de paciencia (St 5,10-11).

El ministerio de Jeremías puede resumirse en tres palabras: esperanza, trabajo, decepción.

Tuvo el privilegio de ser llamado a su sagrado oficio en los primeros años de su juventud. Como Samuel, el primer profeta, era de la tribu de Leví, dedicado desde el nacimiento a los servicios religiosos y favorecido con la presencia constante y la gracia de Dios. La palabra del Señor le dice cuando le da su misión: "Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses te tenía yo consagrado, profeta de las naciones te constituí" (Jer 1,5). Este mandato se lo dio un año después de que Josías comenzara su reforma. Jeremías le respondió: "¡Ah, Señor! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho" (1,6). Sentía lo arduo del oficio de un profeta, la firmeza y la intrepidez que requiere hablar con las palabras de Dios. "Pero el Señor le dijo: No digas 'Soy un muchacho', pues adondequiera que yo te envíe irás, y todo lo que te

mando dirás. No les tengas miedo, que contigo estoy para salvarte -oráculo del Señor- Entonces alargó el Señor su mano y tocó mi boca, y me dijo: Mira que he puesto mis palabras en tu boca" (1,7-9).

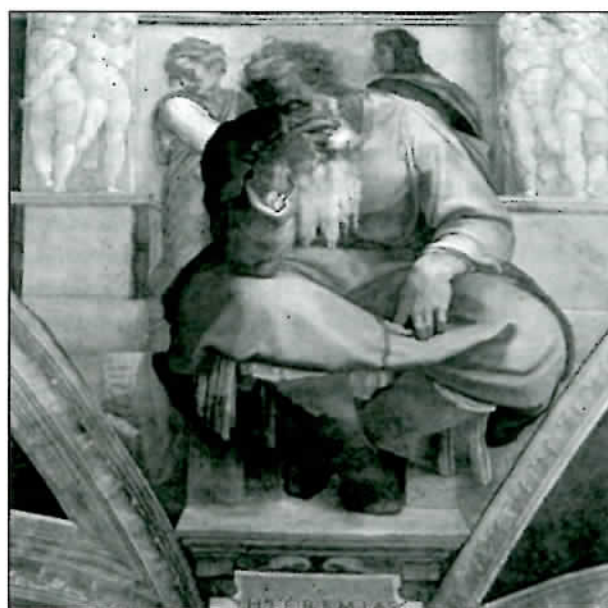
Ningún profeta comenzó su labor con un estímulo tan grande como Jeremías. Había llegado al trono un rey que volvió a traer los tiempos de guerra según el corazón de Dios. No hubo un hijo de David tan celoso como Josías desde el mismo David. El rey era muy joven en el comienzo de la reforma, no tenía más de veinte años. ¿Qué no sería llevado a cabo con el correr de los años, por muy corrupto y degradado que fuera el estado de su pueblo? Así debió pensar Jeremías. También se debe recordar que la obediencia religiosa era premiada con la prosperidad temporal según la tradición judaica. Parecían existir todas las razones por las que Jeremías podía pensar al principio que le esperaba a la Iglesia¹ una brillante fortuna. El nacimiento de Josías había sido pronosticado por el nombre unos trescientos años antes, cuando Jeroboam estableció la idolatría; sería el prometido vengador de la Alianza de Dios, el "reparador de brechas y restaurador de senderos frecuentados" (Is 58,12). El cisma había llegado a su fin cuando Israel (las diez tribus) fue enviado al cautiverio en Babilonia. Los reyes de la casa de David gobernaron otra vez toda la tierra prometida y la idolatría fue destruida por Josías en todas las ciudades. Tales eran las bendiciones de entonces que el resto de los judíos gozaba. Por eso, a primera vista parecía razonable anticipar mejoras sucesivas y permanentes. Todos comienzan por ser optimistas. Sin duda, entonces como ahora, muchos trabajadores en la viña del Señor entraron en su oficio con más alegre esperanza de lo que justificó su suerte futura. De todos modos, haya o no estimulado semejante esperanza los primeros esfuerzos de Jeremías, muy pronto, en su caso, esta alegre perspectiva se nubló, y quedó trabajando en la oscuridad. El mensaje al rey de la profetisa Juldá, cuando él encontró el Libro de la Ley en el templo, señaló en comienzo de la suerte que le llegaba a Israel. Juldá anunció un mal: la temprana muerte del buen Josías como misericordia hacia él y una terrible destrucción de la nación, que

¹ Se entiende aquí el pueblo de Dios del Antiguo Testamento, donde ya aparece la palabra *ecclesia*.

había sido indigna de él. Esta profecía fue dicha cinco años después del comienzo del oficio de Jeremías, que duró los cuarenta años anteriores a la cautividad. Muy temprano se desvanecieron sus esperanzas.

Aun suponiendo que el mensaje de Juldá no llegara hasta él, ciertamente estuvo indeciso en cuanto a cualquier esperanza que pudiese abrigar, sea por lo que le decía la expresa Palabra de Dios, o por el estado endurecido de pecado en el que realmente se encontraba la nación. Seguramente pronto se destruyeron sus esperanzas, y su mente se entró sensatamente en una disposición más santa y noble: la resignación.

Llamo a la resignación un estado de espíritu más santo que la esperanza optimista de éxitos actuales, porque es la más verdadera y coherente con nuestro estado de vida caída por el pecado, la más edificante para nuestros corazones, y porque es aquella por la que se han destacado los más eminentes siervos de Dios. Es natural, por cierto, e inocente, esperar grandes efectos de nuestros esfuerzos por objetivos religiosos, pero brota de la inexperiencia del tipo de trabajo que tenemos que hacer: cambiar el corazón y la voluntad del hombre. Es mucho más noble como estado de ánimo, trabajar, no con la esperanza de ver el fruto de nuestra labor, sino por una cuestión de conciencia, del sentido del deber, y en la fe confiar que *vendrá* el bien aunque no lo veamos. Mirad a través de la Biblia y encontraréis que los siervos de Dios, aunque comenzaron con éxito, terminaron decepcionados, no porque fallaran los propósitos de Dios o Sus instrumentos, sino porque el tiempo para cosechar nos es aquí sino en la otra vida, porque aquí no hay ningún gran fruto visible durante el tiempo que dura la vida de cualquier hombre. Moisés, por ejemplo, comenzó guiando triunfalmente a los israelitas fuera de Egipto, pero terminó a la edad de ciento veinte años, antes que su viaje terminara y Canaán fuera ganada, entre una multitud culpable arrojada al desierto (1 Cor 10,5). Las reformas de Samuel terminaron en la elección obstinada del pueblo, que quería un rey como tenían las naciones vecinas. Elías, después de sus éxitos, huyó de Jezabel yendo al desierto a lamentar sus decepciones. Isafas, después del reinado



MIGUEL ANGEL, *Profeta Jeremías*, Capilla Sixtina.

religioso de Exequias y de la milagrosa destrucción del ejército de Senaquerib, cayó bajo los tiempos malos de su hijo Manasés. Aún en los éxitos de los primeros maestros cristianos, los Apóstoles, se observa la misma regla. Después de todas las grandes obras que Dios les permitió acabar, confesaron antes de su muerte que lo que experimentaban y veían ante ellos era adverso y calamitoso, y que el fruto de sus trabajos no se vería hasta que Cristo viniera a abrir los libros y reuniera a Sus santos de los cuatro rincones de la tierra. 'Los malos y embaucadores irán de mal en peor, serán seductores y a la vez seducidos' (2 Tim 3,13) es el testimonio de San Pedro, San Pablo, San Juan y San Judas.

Ahora bien, en Jeremías tenemos noticia de esa variedad de sentimientos y vicisitudes que produce esta transición desde la esperanza a la decepción, al menos en un espíritu sensitivo. Sus pruebas fueron muy grandes aún en tiempos del reinado de Josías, pero cuando ese piadoso rostro del rey desapareció con su muerte prematura, Jeremías fue expuesto a la persecución por toda clase de hombres. Leemos que en un tiempo fue el pueblo que conspiró contra él (Jer 18,18), y en otro momento, que los hombres de

su propia ciudad. Anatót, "buscaban su vida" (11.21) por haber profetizado en el nombre del Señor. En otra oportunidad fue prendido por los sacerdotes y profetas para darle muerte, de la que se salvó por los príncipes y ancianos que aún eran fieles a la memoria de Josías (26.16 ss). Después, Pasjur, el inspector jefe del templo, lo hizo azotar y lo metió en el cepo (20.2). Otra vez, el rey Sedecías lo puso en prisión (32.3). Más tarde, cuando el ejército de los caldeos asedió Jerusalén, los judíos le acusaron de abandonarse al enemigo (37.14), le golpearon, le encarcelaron, y luego le arrojaron a una cisterna, donde se hundió en el fango³ y casi muere de hambre (38.6,9). Cuando Jerusalén fue tomada por el enemigo, Jeremías fue llevado a la fuerza a Egipto por hombres que al principio pretendían reverenciarlo y consultarlo (53: 54), y allí le llegó su fin, se cree que un violento fin. Nabucodonosor, el rey pagano de Babilonia y conquistador de Jerusalén, fue una de las pocas personas que se mostró bondadoso con él. Este gran rey, que más tarde honró a Daniel y al final fue llevado a conocer al Dios del cielo por un severo castigo, al tomar la ciudad liberó a Jeremías de la prisión, y le mandó al capitán de la guardia: "préndele y tenle a la vista, y no le hagas daño alguno; antes harás con él lo que él mismo te diga" (39.11). Un etíope, otro pagano, es también mencionado por haberle librado de la cisterna.

Esas fueron sus tribulaciones, aflicción, temor, abatimiento y algunas veces incluso el desasosiego cuando sufría estas cosas, expresadas diversamente. Esta sucesión y marea de sentimientos que muchas personas experimentan en su espíritu los establecen en la calma de la resignación. En un momento él habla como asombrado ante su fracaso: "Oh Señor, tus ojos, ¿no son para la verdad? Les heriste, mas no acusaron el golpe; acabaste con ellos, pero no quisieron aprender" (5.3). "Algo pasmoso y horrendo se ha dado en la tierra: los profetas profetizaron con mentira, y los sacerdotes dispusieron a su guisa. Pero mi pueblo lo prefiere así. ¿Adónde vais a parar?" (5.30-31). En otro momento expresó su perplejidad ante el desorden del mundo y el éxito de los malvados: "Tú llevas la razón, Señor, cuando discuto contigo: no obstante, voy a tratar contigo un punto de justicia. ¿Por qué tienen suerte los malos, y son felices todos los felones?... En cambio a mí ya me

conoces, Señor, me has visto y has comprobado que mi corazón está contigo" (12. 1-3). Después, sucesivamente, su mente se inquieta ante el pensamiento de sus propios trabajos ansiosos y perplejidades: "¡Ay de mí, madre mía, porque me diste a luz varón discutido y debatido por todo el país! Ni le debo, ni me deben, ¡pero todos me maldicen!... ¿Por qué ha resultado mi penar perpetuo, y mi herida irremediable, rebelde a la medicina? ¡Ay! ¿serás tú para mí como un espejismo, aguas no verdaderas?" (15. 10-18). Estos son los pesares de un espíritu gentil y pacífico, llevado contra su voluntad a las tribulaciones de la vida, y soportando el aborrecimiento de aquellos a quienes se opone contra su naturaleza. Esto está expresado así: "Yo nunca me apresuré tras de ti para la desgracia, el día irremediable no he anhelado; tú lo sabes: lo salido de mis labios enfrente de tu faz ha estado. No seas para mí espanto, ¡oh, tú, mi amparo en el día aciago!" (47. 16-17). Cuando Pasjur lo puso en el cepo estaba aún más agitado y dijo: "Me has seducido, Señor, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido. He sido la irrisión cotidiana; todos me remedaban... ¡Maldito el día en que nací!" (aquí ciertamente está el lenguaje de impaciencia). "¿el día que me dio a luz mi madre no sea bendito!" (20. 7-14).

De todos modos, ¿cuál fue el final de semejantes cambios de sentimientos? La resignación. En otra parte usa un lenguaje que expresa ese espíritu escurridado y ese corazón desasido que es el término de toda agitación y ansiedad en el caso de hombres religiosos. Él, que un tiempo no podía consolarse, en otro momento fue enviado a consolar a un hermano, Baruc, y al consolarle habla según ese temple noble de la resignación que ocupa el lugar de la esperanza optimista y el miedo atormentado, y anuncia calma, fe clarividente y paz interior. "Así dice el Señor, el Dios de Israel, respecto a ti, oh Baruc: Tú dijiste: '¡Ay de mí, que añade el Señor congoja a mi sufrimiento! Me he agotado en mi jadeo, pero sosiego no hallé'. Así le dirás: Esto dice el Señor: Mira que lo que edificué, yo lo derribo, y aquello que planté, yo lo arranco, esto por toda la tierra. ¡Y tú andas buscando grandezas! No las busques porque mira que yo traigo desgracia sobre toda carne -oráculo del Señor- pero a ti te daré la vida salva por botín a donde quiera que vayas" (45. 2-5). Es decir, no busques el éxito, no seas impaciente, no

te inquietes, conténtate si después de todos tus trabajos te salvas a ti mismo, sin ver otro fruto.

Y ahora, hermanos míos, ¿lo que he venido diciendo se aplica a todos nosotros o solamente a los Profetas? Se aplica a todos nosotros. Porque todos vivimos en un mundo que promete lo bueno, pero no cumple, y todos (si consideramos nuestras vidas aparte de la perspectiva religiosa) comenzamos con esperanza y terminamos con decepción. Sin duda que nuestras respectivas tribulaciones en esta vida son muy diferentes, al venir de distintos temperamentos y circunstancias, pero está en nuestra naturaleza comenzar la vida impensada y gozosamente, buscar grandes cosas de una manera u otra, tener vagas nociones del bien que se acerca, amar el mundo y creer en sus promesas, y buscar satisfacción y felicidad en él. Y como es propio de nuestra naturaleza esperar, así es nuestra suerte encontrarnos con la decepción a medida que la vida sigue. Sé que existen multitudes, los jubilados de nuestra sociedad, que pasan sus días sin ninguna variación de fortuna, pero aún en esos casos las personas inteligentes tendrían mucho más para decir de sí mismos que lo que pudiera parecer a primera vista. Es claro que esa decepción es la suerte del hombre de una forma u otra (mirando nuestras perspectivas aparte del mundo futuro), por el mero hecho, aunque nada más pueda decirse, de que comenzamos la vida salud y la acabamos con enfermedad, o, en otras palabras, que *llega a su fin*, pues un final es un fracaso. Y aun en las esferas sociales más tranquilas, ¿no sienten los viejos pesar, más o menos intensamente, que no son jóvenes? ¿No lamentan los días que se fueron y aún con el placer del recuerdo sienten dolor? ¿Y por qué, si no es porque piensan que han perdido algo que alguna vez tuvieron, mientras al comienzo de la vida pensaban en ganar algo que no tenían? Doble decepción.

¿Es la religión la que sugiere esta triste visión de las cosas? No, es la experiencia, es obra del *mundo*, es un hecho del cual no podemos escapar, aunque la Biblia no dijera una palabra acerca de la naturaleza perecedera de todos los placeres terrenales.

Aquí es donde Dios mismo nos ofrece Su ayuda por Su Palabra y en Su Iglesia. Dejados a nosotros

mismos buscamos lo bueno en el mundo, pero no podemos hallarlo. En la juventud miramos hacia adelante y en la vejez miramos hacia atrás. Está bien que debemos persuadirnos de estas cosas a tiempo, para ganar sabiduría y proveernos para el día malo. ¿Buscamos grandes cosas? Debemos buscarlas donde realmente deben ser encontradas, y de la manera en la que deben serlo. Debemos buscarlas como Él las pone ante nosotros, pues vino al mundo para hacernos capaces de tenerlas. Debemos estar deseosos de renunciar a la esperanza presente por el gozo futuro, a este mundo por el invisible. La verdad es (aunque es tan difícil que lo admitamos de corazón) que nuestra naturaleza no está al principio en condiciones de gozar la felicidad, aunque nos sea ofrecida. La buscamos, y sentimos que la necesitamos, pero (es extraño decirlo pero así es) no somos capaces de ser felices. Si de repente nos precipitamos en busca del gozo será como el intento de un niño que quiere caminar antes de que le lleguen las fuerzas. Si queremos obtener la verdadera felicidad debemos cesar de buscarla como un fin y posponer la perspectiva de gozarla, porque estamos por naturaleza en un estado no natural, y debemos ser cambiados de lo que somos cuando nacimos, antes de poder recibir nuestro bien más grande. Y así como en la enfermedad se usan remedios fuertes o tratamientos molestos, así es con nuestras almas. Debemos avanzar a través del dolor, practicar la abnegación, refrenar nuestros deseos, y purificar nuestros corazones, antes de ser capaces de cualquier paz sólida y duradera. Intentar obtener la felicidad, salvo de este modo aparentemente tedioso e indirecto, es esfuerzo perdido, es edificar en la arena: los cimientos pronto cederán aunque la casa parezca bella por un tiempo. Ser alegre e inconsciente, indulgente consigo mismo y de terca voluntad, desentona con nuestro estado real. Debemos aprender a conocernos y a tener pensamientos y sentimientos convenientes a nosotros. La esperanza impetuosa y el regocijo indisciplinado son impropios de un pecador. ¿Le repugnaría un bajo concepto de sí mismo, el dolor agudo, y la mortificación de deseos naturales, a quien por sus culpas hizo bajar al Hijo de Dios del cielo y morir en una cruz por él? ¿Puede vivir en el placer y llamar a este mundo su hogar, mientras lee en el Evangelio sobre la aflicción y las decepciones a lo largo de toda la vida de su Salvador?

No puede ser. Preparémonos para el sufrimiento y las decepciones que nos corresponden como pecadores, y que nos son necesarias como santos. No huyamos de la tribulación cuando Dios nos la trae, ni hagamos el papel del cobarde en el combate de la fe. "Velad, mantened firmes en la fe, ser hombres, sed fuertes" (1 Cor 16,13). Tal es la exhortación de San Pablo. Cuando os sorprenda la aflicción, recordad aceptarla como un medio de perfeccionar vuestro corazón, y pedid a Dios Su gracia para que pueda ser así. Mirad en la cara a la decepción. "Tomad, hermanos, como modelo de sufrimiento y de paciencia a los Profetas... Mirad cómo proclamamos felices a los que sufrieron con paciencia" (St 5, 10-11). No abandonéis vuestro intento de servir a Dios, aunque veáis que nada ocurre. Vigilad y orad, y obedeced vuestra conciencia, aunque no podáis percibir vuestro propio progreso en la santidad. Continúa, y no podréis sino adelantar. Creedlo aunque no lo veáis. Cumplid con los deberes de vuestra vocación aunque no os gusten. Educad a vuestros hijos cuidadosamente en el buen camino, aunque no podáis decir en qué medida la gracia de Dios ha tocado sus corazones. Que vuestra luz brille ante los hombres, y rogad a Dios por una vida coherente, aunque otros no parezcan glorificar a su Padre por ello o sean beneficiados con vuestro ejemplo. "Echa tu pan al agua, que al cabo de mucho tiempo lo entrarás... De madrugada siembra tu simiente y a la tarde no de paz a tu mano, pues no sabes si es menor esto o lo otro o si ambas cosas son igual de buenas" (Ecd 11, 1,6). Perseverad en la senda angosta. Al lado de los sufrimientos de los Profetas los nuestros son una bagatela. Se combinaron la violencia y la astucia para apartarlos del camino, pero ellos siguieron derecho, y descansan en paz.

Sé muy bien que todo este asunto es desagradable para muchos que dicen deberíamos estar de buen humor. "Se nos manda gozar, ¿por qué nos

mandáis llorar?" Os mando llorar para que podáis gozar más perfectamente. "Bienaventurados los que lloran porque serán consolados" (Mt 5,5). "Los que siembran entre lágrimas, cosechan entre cantares" (Sal 125,5) Os mando cargar con la cruz de Cristo, para que podáis usar Su corona. Dadle vuestros corazones y resolveréis vosotros mismos la dificultad, como cristianos que pueden estar "como tristes pero siempre alegres" (2 Cor 6,10). Encontraréis que la luminosidad del corazón y la alegría son coherentes con ese carácter nuevo y celestial que Él nos da, aunque para obtenerlo en alguna buena medida debamos estar tristes por un tiempo y después meditados. Pero os hago una bella advertencia: desde un principio debéis creer en Su Palabra sin tener pruebas, pero si no creéis no hay nada que hacer. "Venid a Mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y Yo os daré descanso" (Mt 11,28). Debéis comenzar por la fe, no podéis ver al principio adónde os está llevando Él, y cuánta luz surgirá de las tinieblas. Es un trabajo doloroso. Debéis comenzar por absteneros del pecado, por despertar de la pereza, por preservar vuestra lengua de las palabras no sinceras, vuestras manos de acciones fraudulentas, y vuestros ojos de contemplar vanidades. Debéis comenzar por vigilar el primer brote de enojo, orgullo, impureza, obstinación y celos, por aprender a soportar por la causa de Cristo la risa de los hombres irreligiosos, por obligar a vuestras mentes a seguir seriamente las palabras de la oración, aunque os sea difícil, y por mantener el pensamiento de Dios durante todo el día. Seréis capaces de hacer estas cosas si buscáis la ayuda poderosa de Dios Espíritu Santo, que os es dado. Y mientras seguís tras ellas, entonces, en palabras del Profeta: "Nacerá tu luz en medio de las tinieblas, y tu oscuridad será como el mediodía. Entonces el Señor te guiará sin cesar, harará tu alma en tierra árida, y dará fuerza a tus huesos; serás como huerto regado, y como manantial de agua, cuyas aguas nunca se agotan" (Is 58, 10-11).

Verses on Various Occasions, XXXI

ANGELICA GUIA

(Angelic Guidance)

TRADUCCIÓN
JORGE FERRO

Are these the tracks of some unearthly Friend,
His foot-prints, and his vesture-skirts of light,
Who as I talk with men, conforms aright
Their sympathetic words, or deeds that blend
With my hid thought; —or stoops him to attend
My doubtful-pleading grief; —or blunts the might
Of ill I see not; —or in dreams of night
Figures the scope, in which what is will end?
Were I Christ's own, then fitly might I call
That vision real; for to the thoughtful mind
That walks with him, He half unveils His face;
But, when on earth-stain'd souls such tokens fall,
These dare not claim as theirs what there they find,
Yet, not all hopeless, eye His boundless grace.

Whitchurch, December 3, 1832

¿Son estos los rastros, las huellas, la orla
de la veste de luz de algún Amigo
ultraterreno, quien mientras hablo con los hombres
concierta rectamente sus palabras benévolas,
o acuerda mis recónditos pensares?
¿O que se inclina para escuchar mi pena
que duda y que suplica, o mella el filo
de ese mal que no veo, o que bosqueja
en los sueños de la noche
el paisaje del fin?

Si fuera yo de Cristo por entero
podría verazmente llamar dicha visión
real; pues al alma pensativa
que camina con Él,
Su rostro a medias le descubre. Pero
cuando en almas manchadas por el mundo
caen señales tales, no se atreven
aquellas a reclamar como propio
lo que encuentran. Sin embargo,
no faltas del todo de esperanza,
contemplan Su gracia infinita.

Influencia del padre Charles William Russell en la conversión de Newman y la correspondencia de ambos en torno a la Eucaristía y otras cuestiones

TRADUCCIÓN
FERNANDO MARÍA CAVALLER

Russell¹ era uno de los principales editores de la *Dublín Review* desde 1836. Residía en St. Patrick's College, Maynooth, en el seminario irlandés, del cual era Profesor durante esta primera correspondencia, y sería Rector más tarde. Estaba fascinado por los escritos de los tractarianos, especialmente por sus estudios de la Iglesia primitiva. No escribió sobre los *Tracts* pero los estudió. El campo se lo dejó a Wiseman, que en 1839 escribió el famoso artículo sobre los donatistas con aplicación al Anglicanismo². Luego del *Tract* 90³ comienza la interesante correspondencia con Newman, que Russell inicia. Las cartas con referencia directa a la Eucaristía son las tres primeras, dos de Russell y una de Newman.

El comienzo de esta relación epistolar fue providencial y señalado por su raíz eucarística. Russell, la mañana del Jueves Santo de 1841, inspirado después de rezar maitines, donde leyó el texto de San Agustín sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía (del comentario al Salmo 54), pensó que



¹ (1812-1880), Profesor de Humanidades en St. Patrick's College, Maynooth, desde 1835; Profesor de Historia Eclesiástica desde 1845; Rector de Maynooth desde 1857. Sus escritos son *A System of Theology by Godfrey von Leibnitz* (trad. 1850), *The Life of Cardinal Mezzofanti* (1858), *The Carte Manuscripts in the Bodleian Library*, Oxford (1871), *Calendar of State Papers relating to Ireland, James I* (5 vol. 1872-80). Para su relación con Newman cfr. MACAULAY, Ambrose, *Dr. Russell of Maynooth*, Darton, Longman and Todd, London, 1983, especialmente el cap. 3, *Russell and Newman's conversion*, pp.65-98.

² *The Anglican Claim of Apostolical Succession*, *Dublin Review*, agosto, 1839, pp.139-180.

³ Escrito por Newman para interpretar del modo más católico posible los 39 Artículos del Credo Anglicano.

⁴ LDVIII, 172-173, 8 de abril de 1841.

podía escribir a Newman. Había leído el *Tract* 90, y vio que tenía dificultades y una mala comprensión de la doctrina católica de la transustanciación. Esta primera carta⁵ está escrita según el modo usual de Russell de no entrometerse en la vida de otra gente, motivada solo por el deseo de clarificar a un cristiano bien intencionado como Newman. Era un acto de caridad, psicológicamente correcto para aproximarse a Newman, sensitivo, introspectivo, que se hubiera sentido herido con un modo no delicado. Se presenta como un 'humilde sacerdote católico irlandés' y le dice:

Confío en que la fecha de esta carta explicará suficientemente porqué me he tomado la libertad de llamar su atención sobre una preciosa doctrina en particular, la del Santísimo Sacramento, tan querida para usted como lo es para mí... Observo, entre la variada y profunda erudición que sus obras muestran en todo lo que concierne a su Iglesia, que hay muchos malos entendidos de doctrinas y prácticas que he sido enseñado a venerar desde niño, y que si fueran como usted las representa las abominaría tan fervientemente como usted.

Luego expone el modo católico de entender la consumición del Cuerpo y Sangre.

Al explicar el Artículo 28⁶⁵ Ud. escribe (*Tract* n° 90, p. 47) 'Lo que aquí se opone como 'Transustanciación' es la asombrosa doctrina de que 'el cuerpo de Cristo, como el Artículo continúa llamándolo, no es 'dado, tomado y comido de manera celestial y espiritual, sino carnalmente apretado con los dientes', que es un cuerpo o sustancia', etc. Toda su exposición de este Artículo procede de la suposición de que nuestra concepción de 'transustanciación' es de naturaleza grosera y repulsiva, que pensamos en el adorable Cuerpo de Nuestro Señor en la Eucaristía como *una cosa terrena y carnal*, en comer y beber como acciones animales y corporales, en comer carnalmente el Santísimo Cuerpo (es doloroso escribirlo en este sentido) 'apretando con los dientes', y beber natural y sangrientamente la adorable Sangre... Lamento que esta explicación de

su fe deba incluir la imputación a nosotros de doctrinas tan odiosas y repulsivas que son opuestas a nuestra verdadera fe.

Le envía a Newman un ejemplar editado en Dublín en 1796 de la *Regula Fidei Catholicae, seu de Fide Catholica* de Francisco Veron (1575-1623)⁶, polemista católico que en esa obra intentó separar los puntos de doctrina y las opiniones de escuela, leyendas populares, etc. Era un breve sumario para uso de los seminarios publicado por vez primera en Francia en 1645. Para que Newman pueda ver lo que creen realmente los católicos, le señala el capítulo II, n.4.

Continúa la carta sobre el uso de un lenguaje fuerte por parte de Belarmino, fundado en los SSPP, contra Berengario.

Es verdad que al afirmar nuestra doctrina nuestros teólogos han usado ocasionalmente un lenguaje muy fuerte, del cual da algunos ejemplos el Obispo Taylor, citado por usted, pero estas expresiones se entienden siempre en un sentido bastante diferente al que usted les atribuye. En los pasajes de Belarmino citados por el Obispo Taylor, y también por el Dr. Pusey en su carta al Obispo de Oxford (p.134, creo), Belarmino añade una limitación que es completamente omitida por el último e imperfectamente indicada por el Obispo, y que sin embargo le quita todo su carácter ofensivo. Al explicar la abjuración de Berengario, expresamente dice que el Cuerpo del Señor, se ve, se toca, se parte, y se deshace por *medio de las especies*, y que SOLAMENTE ellas son formalmente vistas, tocadas, partidas y deshechas (Lib.iii.cap.23, respuesta a la 4ª objeción), y rechaza como impía y horrible (Lib.i.cap.7, obj.4) la concepción 'cafarnaíta' de comer, de la cual lo acusa el Obispo Taylor. Es así como la Iglesia entiende la fraseología empleada en la retractación de Berengario, que, aunque parezca fuerte, difícilmente puede sorprendernos cuando recordamos *las evasivas con que justificó hábilmente su primera abjuración*, y que al usar el lenguaje más fuerte se intentaba excluir el nuevo...

⁵ Del Credo Anglicano.

⁶ En una edición impresa en *De Controversias Tractatus Generalis*, por A. Y P. de Walenburch, Dublín, 1796.

Russell, conocedor de la veneración de Newman por los Santos Padres y la antigüedad, le demuestra cómo este lenguaje estaba también en ellos, a quienes Belarmino citaba, por lo cual era un fiel continuador de aquellas expresiones realistas, pero no carnales. Y transcribe cinco citas del Crisóstomo.

Puede ser útil recordarle que las mismas frases fuertes están transcriptas literalmente de los Padres Católicos. De los textos tomados de San Juan Crisóstomo, tres son citados por Belarmino en el mismo pasaje que se le objeta.

Sobre la política de Roma de dar definiciones claras para defender la fe, le dice:

En más de un pasaje de los Tracts se condena como presuntuosa, y en otras partes con términos menos mesurados, la conducta de nuestra Iglesia al definir el modo de los Misterios. Yo, por el contrario, considero la misma severidad de las definiciones como lo que más preserva nuestra fe bajo el cielo, y siempre me ha parecido que el olvido universal y despectivo de vuestra Iglesia acerca de esta verdad celestial, hasta que fue revivido por vuestros propios esfuerzos entusiastas y mal pagados, podría enseñarle la sabiduría de esa actitud antigua que, evitando la estratagema humana de las 'cuestiones abiertas', cada vez que aparecía una herejía ha cerrado la controversia en todo lo esencial y para siempre por medio de una definición clara y severa.

La repuesta de Newman a Russell no se hace esperar⁷. Después de agradecer el tono de la carta, aclara su posición con habilidad: no está contra el verdadero sentido, no acusa a Roma, sino que defiende al anglicanismo de una postura excesivamente antirromana.

Le hago saber que yo 'no' acuso a su Comunión de sostener la transustanciación en el sentido chocante que ambos repudiamos, sino que atribuyo esa idea a nuestro Artículo, el cual, pienso, que con-

dena una cierta visión extrema de la misma, que algunas o muchas personas han propuesto en vuestra Iglesia, contra el sentido que le da la porción más razonable de ella. Estoy bastante enterado de las explicaciones de Belarmino, y de que los católicos romanos bien informados sostienen la presencia 'espiritual' en la Eucaristía, pero estaría muy poco dispuesto a pensar que nuestro Artículo se refería a esa creencia cuando hablaba de la transustanciación. Si no he dicho esto en el Tract es porque mi objetivo allí no es defenderle a usted, sino disculpar a nuestros Artículos de lo que tradicionalmente se les imputa. Y al hacerlo estoy en la línea de su propio escritor, Davenport, o Á Santa Clara⁸, quien, si no me equivoco, comentando este artículo en particular dice: 'Capharnaitarum haeresim procul dubio spectat'.

Luego, Newman acusa a la transustanciación de *idea errónea justificada hábilmente*. Hace extensiva la acusación a la devoción a la Virgen, los santos, a las indulgencias y la veneración de imágenes, al modo anglicano tradicional. Le invita a renegar de todo esto, con el argumento de que va contra las prácticas cristianas primitivas. Es lo que precisamente corregirá en el Ensayo sobre el Desarrollo de la doctrina cristiana, precedido del proceso de dilucidación entre 1841 y 1845 sobre estos temas. Allí la conclusión será que no son prácticas contrarias, o corrupciones, sino desarrollos legítimos.

Deseo cordialmente que yo pudiera hacer extensiva la admisión de todas vuestras doctrinas como lo hago de esta, en la cual pienso que ustedes han adoptado la palabra 'transustanciación' expresando una idea errónea, que en la práctica justifican hábilmente. ¡Oh, si reformarais vuestro culto, si renegarais de los honores extremados que dais a Santa María y otros Santos, de vuestra idea tradicional sobre las indulgencias, y de la veneración dada a las imágenes en países extranjeros! Y en cuanto a nuestro propio país, si abandonarais vuestra relación con un partido político, podríais llevar,

⁷ LDVIII, 174, 13 de abril de 1841.

⁸ Christopher Davenport (1598-1680) se convirtió al Catolicismo estando en Oxford, y atraído por los intentos de restaurar la provincia franciscana inglesa fue a Douai, donde ingresó a la orden tomando el nombre de Franciscus a Santa Clara. Al regresar a Inglaterra fue nombrado capellán de la reina Henrietta María, y entusiasmado por la idea de reunir a la Iglesia inglesa intentó mostrar que los 39 Artículos eran más susceptibles de una interpretación compatible con la enseñanza católica de lo que se suponía comúnmente. Lo hizo en su tratado *Paraphrastica Espositio Articulorum Confessionis Anglicanae* (1634).

como un cuerpo, una vida tranquila y pacífica en piedad y honestidad. Sería el beneficio más elevado y religioso para vosotros como de provecho a nuestros ojos, que librarais a vuestro sistema religioso de esas peculiaridades que lo distinguen del cristianismo primitivo. Aceptaré agradecido de vuestras manos el libro de Veron...

Desde un punto de vista teológico los problemas que brotan en esta contestación eran mínimos. La acusación fuerte era contra las devociones exageradas y contra las relaciones con la política. Lo último era manifestación de cuánto detestaba Newman la política del irlandés O'Connell. La visión política de Newman era siempre eclesiástica, en cuanto al lugar de la Iglesia de Inglaterra en el cuerpo político, su libertad y su identidad sagrada, ideas pregonadas por los tractarianos. Hay que recordar que el Movimiento de Oxford comienza con el sermón de Keble "Apostasía nacional" contra el *Irish Church Temporalities Act*, considerado un rechazo de la soberanía de Dios. Aunque O'Connell había votado en contra se aliaba al desco de los Whigs de conciliar la opinión católica irlandesa removiendo algunas sedes de la Iglesia anglicana, que gravaban a los católicos. Esto entusiasmaba también a los radicales y disidentes que se oponían a una Iglesia establecida. Para los Tories de la High Church el acto de abolir obispados y parroquias donde no se había celebrado el culto los últimos tres años era contrario al Juramento de Coronación del Rey, al Acta de Unión, al Acta de Socorro de 1829 y al Juramento de los miembros del Parlamento. Era un acto liberal. Para Newman y los tractarianos era una interferencia injusta con la misión religiosa de la Iglesia. De esto acusa a Russell, que al ser católico irlandés parecía estar del lado de O'Connell, quien se había aliado formalmente a los Whigs en 1835. Por eso los Tories emprenden una campaña furiosa contra los católicos irlandeses. También lo hacen los disidentes y radicales pero por razones religiosas. De modo que los católicos irlandeses no tenían apoyo por razones de política práctica más que de los liberales Whigs. Estas cuestiones parecen lejanas a la

eucaristía, pero importan porque son el marco de referencia de la cuestión general, esto es, la separación de la Iglesia de Inglaterra de la Iglesia de Roma, y su relación con la política de estado. La animadversión anglicana hacia Roma le impedía considerar con objetividad cuestiones incluso teológicas o de devoción, y tal era la urgencia de Russell en poner claridad.

Wiseman estaba preocupado por la susceptibilidad de los tractarianos contra los católicos porque percibía que el movimiento se encaminaba hacia Roma. Por ello, le pide a Russell, sin saber que éste ya había enviado su primera carta a Newman, que hiciera algo por la unión y rezara en el Seminario. Antes de recibir esta carta de Wiseman, Russell le había enviado una carta suya, el 20 de abril, para contarle la respuesta de Newman, del 13 de abril, enviándole una copia. Le explica cómo quiso señalarle a Newman sus equivocaciones sobre la doctrina católica enviándole textos de autores católicos, donde pudiese ver hasta dónde llegaban al hablar de presencia "sacramental" y "espiritual", opuesta a "carnal" y "natural". Y le dice: "Si llega el tiempo (y ojalá que los días se acorten), una sola conversación podría arreglar las diferencias que ahora existen, si aún estas no fuesen removidas de aquí en más".

Un día después de escribir a Wiseman, Russell envía una segunda carta a Newman¹⁰, donde le agradece a su vez el tono cordial, y luego le cuenta en qué circunstancias escribió su primera carta el Jueves Santo, "más por impulso que por reflexión".

El misterio mismo de ese día me llenó de una pena profunda de que hubiera algo que pudiese ser mal comprendido, y aunque sentía la temeridad, y quizás la falta de delicadeza, de dirigirme a un extraño sobre un tema tan solemne, confié en que no erraría mucho al ceder al sentimiento que me movía a escribir. Vuestra amable carta me lo ha asegurado completamente.

Luego le expresa su contento porque los malos entendidos respecto a la doctrina eucarística se han

¹⁰ Carta de Wiseman a Russell del 18 de abril de 1841, en Ward, vol II, pp 387-9.

¹¹ LDVIII, 130, 21 de abril de 1841.

aclarado. Llama a la eucarística 'la evidencia más conmovedora de Su amor por nosotros'. Le asegura a Newman que un escrutinio similar de las otras doctrinas católicas y prácticas producirían el mismo resultado. Lo necesario es

buscar estas doctrinas con espíritu católico, como el suyo, con el que Dios le ha bendecido.

Cita el ejemplo de Leibnitz, 'el gran antagonista de Bossuet, quien había visto y estudiado estas doctrinas en todas sus fases, y es el único escritor no católico (si así puedo llamarlo) que les ha hecho justicia'. Leibnitz (1646-1716) publicó en 1686 su *Sistema Theologicum*, cuando mantenía su correspondencia con Bossuet (1627-1704) sobre la unión de los cristianos. Russell había traducido la obra en la primavera de 1841, es decir por la misma época de sus cartas con Newman, aunque no se publicó hasta 1850, 'con la esperanza de que pudiera contribuir a la difusión de aquellas ideas católicas que habían comenzado por ese tiempo a progresar sensiblemente en Inglaterra, y que habían recibido un fuerte impulso desde la publicación del memorable Tract XC¹¹'. Le indica las páginas de la obra que tratan sobre la Eucaristía, y agrega:

Con qué diferente sentimiento consideraría usted, por ejemplo, los honores religiosos a la adorable Eucaristía, del que había tenido antes -si es correcto suponer un tiempo así- de llegar a saber con nosotros 'lo que yace escondido dentro'.

Esta es la última referencia directa a la Eucaristía en la correspondencia entre Newman y Russell. El resto se refiere, como aquí, a las devociones católicas y a la unión de las iglesias y las conversiones a Roma, en clima de discusión amistosa. Sobre las otras objeciones al culto, le responde que si conociera mejor a los católicos rudos los temores desaparecerían. El problema era evidentemente la ignorancia y el desconocimiento suplantado por sospechas ancestrales.

Si nos conociera bien... sentiría que nuestro culto no necesita ninguna 'reforma', estaría usted

menos dispuesto a referir como 'extremo' nuestro honor a los Santos, u ofendido por nuestra 'tradicional idea sobre las indulgencias'. ¿Dónde puede rastrearse seguramente el verdadero espíritu de nuestras devociones sino en las devociones mismas? Examínalas y dejará de temerlas. Cada *Himno* tiene su doxología, cada Letanía comienza con una oración pidiendo la misericordia de la *Santísima Trinidad*, y después de pedir las oraciones del *Santo* o de los *Santos*, termina con una súplica otra vez por la misericordia del *Cordero de Dios*: cada oración termina asignando a los méritos de nuestro Señor el fundamento de sus peticiones, y el Rosario, que se considera la más ofensiva de todas, no es sino una serie de meditaciones sobre la encarnación, pasión y gloria de nuestro Redentor... Lejos de defraudar el culto a Dios, estas devociones lo elevan y le dan esa estabilidad que requieren nuestros débiles y frágiles corazones. Esta el hecho de que los más santos siervos de Dios, tales como San Bernardo, o en los últimos tiempos, Francisco Javier o Vicente de Paul, cuyas almas ardía en la tierra casi con el fervor seráfico, y cuya piedad hacia Dios era del carácter más sublime y tierna, fueron también en la misma medida los más devotos de la Madre de Dios y más humildes pretendientes de su intercesión.

Aunque fuesen correctas las ideas de Newman sobre el sistema católico, el peligro es mayor en el anglicanismo.

Cuánto mayor peligro para la salvación de un cristiano común existe en vuestra propia comunión, donde las doctrinas sagradas, que usted, tanto como yo, más espera deban ser abrazadas, son apenas toleradas, y ni siquiera eso, donde toda vuestra enseñanza y moderación... donde el mismo intento ha levantado una tormenta tal que no se ha visto hasta nuestros días, cuando, por otra parte, las opiniones no católicas (y podría agregar casi no cristianas) son las de la mayoría, y muy probablemente permanecen así todavía, cuando, según usted, no hay ningún credo positivo sino solamente artículos de paz sobre muchos puntos, que no puedo concebir cómo alguien pudiera considerarlos no esenciales, una vez admitidos, y cuando los formularios públicos no excluyen de las dignidades más altas, y creo que no pueden, hombres tales como Hoadley, Watson y Balguy.

¹¹ nota 4 en LD VIII, p 180.

¹² LD VIII, 182, 26 de abril de 1841.

Después de esta crítica decidida continúa con la esperanza de la futura unión, fundada de modo particular en el movimiento tractariano que Newman lideraba, al cual califica de providencial.

En las misteriosas perspectivas de la Providencia está llegando gradualmente un gran cambio sobre nosotros, aún sin nosotros mismos. Cada día, cada nuevo acontecimiento, incrementa la confianza con la que elevo mis humildes oraciones para que me sea permitido verlo cumplido plenamente, ver que vuestra Iglesia tiene otra vez en su posición antigua y honorable, tener la alegría de saber que usted y sus amigos están celebrando en el mismo altar al cual está consagrada toda mi vida. Hace mucho que les he prestado atención a todos vosotros como hermanos en el espíritu, separados de nosotros sólo porque no nos conocimos mutuamente... ¡Oh, que podáis encontrar vuestra mejor recompensa en recuperar para vuestra amada y venerada Iglesia la gloria que ha perdido! Los medios humanos nunca harán efectivo este cambio. Bossuet y Leibnitz fracasaron. Yo mismo no veo los medios. Pero mi esperanza no es por eso menos fuerte... estoy igualmente persuadido de que en los maravillosos caminos de Dios, usted y sus amigos han sido elevados especialmente, imbuidos con un espíritu especial, y colmados con poderes peculiares para su cumplimiento.

Sobre lo político dedica un último párrafo breve donde deplora las circunstancias y habla de lo mucho que ha sufrido el pueblo irlandés católico. La posición política irlandesa 'no es feliz', dice, comprensible resultado de una larga opresión.

La respuesta de Newman a Russell¹² no contiene ninguna contestación acerca de las devociones, pero añade algunas consideraciones. No está desesperado de la Iglesia anglicana como Russell. Cree que es una rama de la Iglesia Católica. Crece su esperanza ante la perspectiva de un mejoramiento en su exactitud doctrinal,

por los mismos acontecimientos que a usted le parecen mostrar que la verdad católica es apenas tolerada bajo su palio.

Según su 'teoría de las ramas', lamenta que la Iglesia romana,

vuestra rama de la Iglesia, no se encuentre con nosotros a través de esas reformas que ciertamente son 'necesarias'.

Afirma que si no hubiera habido errores del lado de Roma no podría haber sido tan larga la separación de su comunión inglesa,

y mantener una protesta durante 300 años por nada. Nunca creeré que puede encontrarse tanta piedad y seriedad entre protestantes si no hubiese algún grave error del lado de Roma. Suponer lo contrario es muy irreal y viola todas las nociones de probabilidad moral. Todas las aberraciones están fundadas o tienen vida en alguna verdad u otra, y el protestantismo, tan extendido y tan duradero, debe tener en sí y ser testigo de una gran verdad o de mucha verdad. No puede suponer que yo sea abogado del protestantismo, sino que estoy forzando una Via Media, cercana de Roma, como ahora.

Finalmente reza por la gracia y la luz hacia la reconciliación, que no ve posible entonces sino en las generaciones futuras. Si bien el resto de la correspondencia no toca el tema eucarístico, es importante por ser el marco de referencia desde el cual puede juzgarse la influencia que pudo haber tenido Russell sobre el tema, aún indirectamente, ya que la parte polémica sobre el sacramento estaba vinculada con cuestiones eclesiológicas y marcada por la separación de siglos entre Inglaterra y Roma. La cuestión de la transustanciación no quedará resuelta sino en el marco de este acercamiento progresivo de Newman, que fue providencialmente acompañado por Russell.

El sacerdote le escribe a Newman una tercera carta¹³, pero había poco para responder. Habla del tema de la unión, y de su viaje al continente. Le dice que nunca quiso ofender sugiriendo que no había en la Iglesia anglicana miembros católicos de corazón y doctrina, pero que si no son así serían llevados más allá hasta ir en contra de los formularios públicos de su fe. El contraste es que en la comunión anglicana

¹² LDVIII, 186, 1º de mayo de 1841.

un individuo con esta disposición está más expuesto al peligro que en la romana, aún suponiendo que haya extremos entre nosotros, porque con nosotros el catolicismo es la regla y estos extremos, si existen, serían excepciones accidentales, pero con vosotros hasta hace pocos años hasta la sombra del catolicismo ha sido desconocida durante un siglo entero... Lo que quiero decir es que para una cristiano ordinario (y para ellos debe la Iglesia proveer mejor) el peligro de caer del anglicanismo al protestantismo en sus formas más manifestadas, es temiblemente mayor que el de caer entre nosotros de las doctrinas del Concilio de Trento en la superstición o idolatría.

Contesta al argumento de Newman acerca de la duración del protestantismo, y le repite que sus temores son infundados y que "creería como él que lo son si tuviera las mismas fuentes de información (que Dios dará a sus plegarias)".

Que hubo graves corrupciones y abusos en la Iglesia en el período de la Reforma lo admito libremente, aunque también estoy cierto de que descendieron hasta nosotros desde aquellos fieros tiempos de forma muy exagerada. Pero el Concilio de Trento, mientras reformó la práctica, al declarar el verdadero sentido de la Iglesia sobre todos los puntos disputados en la controversia, también excluyó *para siempre* las malas interpretaciones existentes en las cuales habían caído algunos, tanto que dejar de creer como Trento enseña, o agregar a la fe o practicar involucrando la fe, cualquier cosa que contradiga su enseñanza es, a nuestros ojos, dejar de ser católico. El protestantismo, en su origen, pudo ser probablemente un testigo contra aquellos abusos, pero usted reconocerá que pronto pasó afuera y por eso perdió su cometido, y sobrevivió su época rehusando someterse a la voz de la verdad católica en Trento: *Habiendo sido llamado a la existencia, ha perdurado* como otras instituciones en lucha humana, a fuerza de prejuicios, malas interpretaciones (mutuas, no lo dudo), orgullo humano y otros humanos sentimientos. Pero el hecho de su duración, después de las declaraciones y definiciones de Trento, no me significa ninguna evidencia contra la Iglesia como allí está regulada. *La protesta católica terminó allí*, y en las explicaciones y definiciones que

se desarrollaron allí y que tenemos que adoptar y adherir, *está verdaderamente contenida esa verdad de la cual testificó el primer protestantismo*, si es que fue un testigo del todo.

Por la respuesta de Newman a esta tercera carta¹⁴, se ve que las explicaciones y los argumentos de Russell no le satisficieron, contestando en un tono defensivo e inflexible. Le envía un ejemplar de sus Sermones.

Sostengo sinceramente que existe en la Iglesia Romana un sistema tradicional que no está necesariamente conectado a sus formularios esenciales. Sin embargo, si cambiara mi modo de pensar sobre este punto, ello no cambiaría mi posición actual providencialmente señalada en la Iglesia de Inglaterra. Que vuestra comunión sea inatacable no prueba que la mía sea indefendible. Ni afecta del todo el sentido en que recibo nuestros Artículos: ellos continúan hablando contra ciertos errores definidos, aunque vosotros los hayáis reformado. Digo esto para que no quede ninguna sospecha en la mente de vuestros amigos de que sea probable que las personas que piensan como yo, al crecer sus ideas actuales, encuentren el imperativo de pasarse a vuestra comunión. Permitidme afirmar con fuerza que si tenéis tales pensamientos y procedéis según ellos, vuestros amigos cometerán un error fatal... Podría ser que fuésemos separados de nuestra comunión, o que se decreta que la herejía es la verdad... pero no veo ninguna otra causa concebible para dejar nuestra Iglesia en la que hemos sido bautizados... Que mis simpatías han crecido hacia la religión de Roma, no lo niego. Que mis razones para evitar su comunión han disminuido o han cambiado, sería quizás difícil de probar. Y yo deseo ir por la razón y no por los sentimientos.

Estas dos cartas de Newman a Russell, las transcribió en la *Apología*¹⁵, entre otras, como demostración de su estado de pensamiento en cuanto a la conversión a Roma, que no estaba dentro de su perspectiva. Era sospechado de *trabajar para el enemigo*, pero la realidad era que trataba de impedir el paso a Roma de muchos.

¹⁴ LDVIII, 187, 5 de mayo de 1841.

¹⁵ Apo 188-189.

En la cuarta carta de Russell a Newman¹⁶ le dice que lo que espera no es que algunos individuos dejen la comunión de su Iglesia,

'sino ver que la Iglesia misma bajo la influencia del gran movimiento católico al que habían dado vida, llegará a la comunión con nosotros. Estoy seguro que el Espíritu que está en movimiento deberá extenderse'.

Fue la última carta antes del viaje al continente, que ya había anunciado a Newman en carta anterior. Al regresar trajo una colección de pequeños libros de oración de Roma. No tomó contacto personal con Newman en su paso por Inglaterra. Newman se equivoca en la *Apología* diciendo que lo vio en 1841; el primer encuentro fue el 1º de agosto de 1843.

En la quinta carta de Russell a Newman¹⁷ le agradece el tomo de los Sermones. El único tema teológico es en referencia a la obra de Leibnitz, cuya versión original había examinado en Roma. Le comenta que en su propuesta para la unión de las iglesias estaba preparado para ir más lejos que Newman, aunque había procedido de acuerdo a los mismos principios. Le promete a Newman una copia de la traducción y el comentario que pensaba hacer.

Newman no contestó estas dos últimas cartas de Russell. Con ellas se interrumpe la correspondencia por más de un año, mientras Newman continuaba su lucha contra las conversiones a Roma. El resto de la correspondencia jalona el camino de Newman hacia su conversión en 1845. Russell tiene la iniciativa de volver a escribir. La ocasión de su sexta carta¹⁸ fue la publicación de una traducción de los Sermones de San Alfonso María de Ligorio. Era el locus ideal para mostrar que no había excesos devocionales católicos, y que la devoción a María estaba siempre subordinada al culto a Dios. Dice que le recuerda a él y a sus amigos en la Misa para que Dios los lleve a la unidad en la fe católica. Newman

le responde¹⁹, y es otra dura respuesta, defensiva y desafiante.

Sólo desco que la Iglesia de ustedes sea más conocida entre nosotros por escritos como este. Sólo despertarán nuestro interés por ella cuando no ande metida en política sino en sus verdaderas funciones de exhortar, enseñar y guiar. Descarta que hubiera alguna posibilidad de hacer entender a sus dirigentes lo que creo no será novedad para usted. El corazón de Inglaterra no se gana a base de sabias discusiones ni de argumentaciones sutiles ni de relatos de milagros sino, como dice el Apóstol, a base de hombres que 'se muestren a sí mismos como ministros de Cristo' (2 Cor 6,4).

Acercas del libro de San Alfonso y las devociones, le contesta que estaría dispuesto a confesar públicamente su equivocación respecto a las desviaciones de la práctica romana. Afirma que si se lo demuestran será cuestión de tiempo.

Respecto a la pregunta de si este libro que usted me ha enviado es adecuado para deshacer mis temores de que otro Evangelio reemplace al verdadero en las instrucciones prácticas de ustedes, antes de poderla contestar necesito saber de entre qué número de sermones han sido seleccionados estos, o si son todos, o casi todos los publicados por el autor. Yo le aseguro, o por lo menos confío, que, si se me demuestra claramente que estoy equivocado en lo que he dicho a este propósito, la pública confesión de este convencimiento será sólo cuestión de tiempo.

Y, en efecto, este tiempo sería tan solo de tres semanas, cuando escriba su Retracción de las afirmaciones anticatólicas²⁰. Sin embargo es reticente respecto de la conversión a Roma.

Si usted viera nuestra Iglesia como la vemos nosotros, comprendería fácilmente que semejante cambio de sentir, si llegara a darse, no tendería necesariamente, como usted parece esperar, a que la gente deje la Iglesia de Inglaterra y se vaya a la de

¹⁶ Oratory Archives, 8 de mayo de 1841. Newman registra la recepción de la carta el 10 (cfr. LD VIII, p.191).

¹⁷ Oratory Archives, 6 de octubre de 1841. Newman registra la recepción de la carta el 9 (cfr. LD VIII, p.288).

¹⁸ LD IX, 154-155, 31 de octubre de 1842.

¹⁹ LD IX, 155-156, 22 de noviembre de 1842.

²⁰ *Retraction of Anti-Catholic Statements*, publicada luego en *The Via Media II*, pp.425ss. Cfr. LD IX, p.167-172.

Roma... ¿Por qué buscar la presencia de nuestro Señor en otra parte, cuando Él se digna concedérmola donde ya estamos? ¿Qué llamada divina tenemos para cambiar de comunión? En el futuro los católicos romanos verán que las cosas son así, por más ilusiones que se hagan de una general secesión de nuestra Iglesia hacia la de ustedes. Nos podrá dejar este o el otro pero no habrá un movimiento masivo. Es verdad que existe un corrimiento incipiente de nuestra Iglesia hacia la suya; pero sus dirigentes (los de ustedes) están haciendo todo lo posible por frustrarlo con sus incansables esfuerzos para atraer a la gente a toda costa. ¿Cuándo se darán cuenta de lo que son ustedes a nuestros ojos? ¿Cuándo adoptarán una política más inteligente y de mayor alcance?

Finalmente, invita a Russell a Oxford. También esta carta la transcribió Newman en la *Apología*²¹, para el mismo propósito que las otras dos de 1841, pero ésta precede al párrafo dedicado a reconocer la influencia de Russell, al que nos referiremos luego.

En su séptima carta a Newman²², Russell le promete otro libro de San Alfonso cuando lo traduzca. No puede aceptar la invitación por el momento. Tiene que resolver su nombramiento como Vicario Apostólico en Ceilán, al que quiere renunciar y tendrá que ir a Roma para eso. En su respuesta²³ Newman le contesta que hubiese preferido que no hubiera habido omisiones en uno de los sermones de San Alfonso, pero estaba contento de que los sermones no hayan sido seleccionados. Dos días después de esta carta, Newman escribe su *Retractación de las afirmaciones anticatólicas*, y las envía al editor del *Oxford Conservative Journal*²⁴, quien por alguna razón desconocida demoró la pu-

blicación hasta el 28 de enero de 1843²⁵. Tristram sugiere que unas notas escritas durante marzo y abril de 1843, después del intercambio de ideas, muestran que se movía 'obviamente como consecuencia de las afirmaciones de Russell'²⁶. En esas notas se preguntaba si las doctrinas del purgatorio, del culto a los santos y otras no eran las representaciones vívidas de los sentimientos e ideas que los principios antiguos incluían, y si algún otro sistema contenía o aseguraba estas ideas o sentimientos.

Se inserta en este diálogo una carta de Nicholas Callan²⁷, dirigida a Newman en nombre de Russell²⁸, que estaba en Roma, e interesa porque le envía en su nombre una copia de la obra de san Alfonso Liguorio, *Preparación para la muerte*²⁹, donde estaban las visitas al Santísimo Sacramento.

La preparación para la muerte parece ser la obra de un hombre que estaba sensiblemente impresionado con las verdades eternas, como si las viera con sus propios ojos. En un capítulo introductorio, usted encontrará una referencia a la última edición inglesa de las visitas al Santísimo Sacramento de San Alfonso. En esa introducción se lee lo siguiente, escrito por el santo: 'Que cada uno comulgue al menos cada ocho días; que las personas que llevan una vida espiritual hagan oración mental, se abstengan de los pecados veniales deliberados, y puedan, con el consejo de su confesor, ir a comulgar varias veces en la semana; pero otros, que lleven una vida más tibia, harán bien, para poder al menos preservarse en gracia de Dios, comulgar cada domingo, o al menos, cada quince días.'

Habrà luego una carta de Russell a Newman³⁰, desde Londres, de regreso de Roma, anunciándole que pasará a visitarle por Oxford el 1º de agosto. El encuentro sucedió³¹, y Newman lo registra así:

²¹ *Apo*, 193-194.

²² LDIX, 164-165, 5 de diciembre de 1842.

²³ LDIX, 165-166, 10 de diciembre de 1842.

²⁴ LDIX, 167-172, 12 de diciembre de 1842.

²⁵ LDIX, 155, nota 4.

²⁶ TRISTRAM, Henry, CO, *Dr Russell and Newman's conversion in The Irish Ecclesiastical Record*, n° 933, septiembre 1945, pp. 189-200, p. 197.

²⁷ (1799-1864), sacerdote de Maynooth College.

²⁸ LDIX, 228-229, 3 de febrero de 1843.

²⁹ *Preparation for Death: or, Considerations on the Eternal Maxims*. 'Usefull for all as a Book of Meditations', etc.

³⁰ LDIX, 450, 29 de julio de 1843.

³¹ LDIX, 451, diario del 1º de agosto de 1843.

Caminé hasta Oxford [desde Littlemore, donde residía] para recibir a la celebridad de Mr. Russell of Maynooth.

En carta al sobrino de Russell³², de 1875, agrega:

Comparto plenamente lo que usted dice acerca del Dr Russell, él es ciertamente un hombre modelo, y me impresionó antes de que fuera católico como ningún otro católico lo hizo. Me hizo una gran impresión, tanto que en mi Apología dije que lo había visto más de una vez, si bien él me asegura que no fue así (Me 'escribió' a menudo)

Una última carta de Russell a Newman antes de su conversión³³, dice que el único deseo por el cual le envía los libros es para que los estudie asociados con los ejercicios espirituales (retiros, misiones e instrucciones catequísticas) que ellos representan. Newman le envía, como a otros muchos, una carta anunciándole su paso a Roma³⁴

Usted se ha interesado por mí, de modo que se alegrará al saber que estoy esperando esta tarde al padre pasionista Dominic, a quien le pediré que me admita en el regazo de la Iglesia Católica. No le enviaré esta carta hasta que todo haya pasado. Usted excusará mi precipitación en vista de la cantidad de cartas que debo escribir.

Russell le responde³⁵:

Espero que me permitirá decir que (aunque difícilmente puedo explicarme cómo apareció) mi interés por usted, aún antes de haberle visto o escuchado, fue muchísimo más personal y privado que del todo público o fundado en consideraciones públicas. Fue el sentimiento afectuoso con alguien apto para ser tomado como autor favorito aunque personalmente desconocido; y es con este sentimiento que ahora le doy mis congratulaciones por lo que, por supuesto, creo es la más grande de todas las bendiciones terrenales.

En la *Apología* Newman hace público reconocimiento de la importancia de Russell, con una afirmación sorprendente y única en el contexto de una obra dedicada precisamente a relatar la historia de su conversión: dice que el Padre Russell fue la persona que más influyó en ella. No disminuye la fuerza de la afirmación que esté precedida por la expresión probablemente, porque es propio de la cautela y de la prudencia que caracteriza a Newman, sobre todo cuando se trata de cuestiones de gran importancia.³⁶

La carta que acabo de copiar iba dirigida a mi querido amigo el Dr. Russell, actual Rector de Maynooth. Probablemente es la persona que más influyó en mi conversión. Vino a verme una vez que estaba de paso por Oxford el verano de 1841 y creo que le estuve enseñando algunos de los edificios de la Universidad. Vino de nuevo otro verano en viaje de Dublín a Londres. No recuerdo que pronunciara una sola palabra sobre religión en ninguna de las dos ocasiones. En diversos momentos me escribió unas cuantas cartas: fue siempre educado, amable, nada molesto ni polémico. Es decir, me dejó en paz. Me regaló uno o dos libros: uno era 'La regla de la Fe' de Veron y algunos tratados de los Vicenburguenses; otro, 'Sermones' de san Alfonso de Liborio, al que se refiere mi carta al Dr Russell... Más adelante el Dr Russell me envió un buen cargamento con todo tipo de folletillos populares de devoción, de los que hay en las tiendas de Roma. Al mirarlos me quedé completamente asombrado de comprobar lo poco que tenía que ver la realidad con lo que yo había imaginado, asombrado de los pocos reparos que era capaz de poner a lo contenido allí. Lo he contado en mi 'Ensayo sobre el Desarrollo de la Doctrina Cristiana'. Aunque el Dr Russell me envió el libro de san Alfonso a finales de 1842, pasó todavía bastante tiempo hasta que superé mis dificultades sobre la devoción de los santos.

La importancia de la influencia de Russell en cuanto a la devoción a la Virgen María no está desvinculada de la que tuvo sobre la Eucaristía, y

³² LD XXVII, 250, al Rvdo. Matthew Russell, 17 de marzo de 1875

³³ Oratory Archives, 5 de febrero de 1844.

³⁴ LD XI, 9, 8 de octubre de 1845.

³⁵ Oratory Archives, 12 de octubre de 1845.

³⁶ Apo 194-196.

Newman mismo relaciona ambas, desde el principio del desarrollo. Interesa ya ponerlo de manifiesto, porque él mismo dice en el siguiente párrafo al anteriormente citado que en esa etapa, es decir alrededor de 1842, vislumbraba el desarrollo de ambas "ideas", la mariana y la eucarística, de modo análogo, en la historia de la Iglesia romana. Así se expresa en la *Apología*³⁷:

Hay otra consideración que debió de influir en aquella etapa. Es verdad que la idea de la Virgen Bendita había 'crecido' en la Iglesia de Roma a medida que pasaban los siglos; pero lo mismo había ocurrido con todas las ideas cristianas. Por ejemplo, la Sagrada Eucaristía. La imagen pálida y lejana de una desvaída Iglesia de los Apóstoles se ve en Roma como si se le pusiera una lupa o se mirara con prismáticos. Sin embargo, la armonía del conjunto es ahora la misma que entonces. No es justo tomar una idea católica, la de la Virgen María, y sacarla de su contexto.

En tres cartas después de la *Apología*, Russell afirma que nunca había leído "la real historia personal de alguien" con un interés semejante³⁸, hace una sincera confesión de sus intenciones para con Newman, respecto a su conversión³⁹, y dice que el tributo que Newman le rinde en el texto le causó "más sorpresa y placer que ninguna otra experiencia en su vida"⁴⁰.

Hubiera sido una fuente de consuelo profunda y duradera para mí pensar que hubiera ayudado algo a favor de su conversión, pero siempre sentí que, con la gracia de Dios, su misma mente resolvería su propio problema. En cuanto a mis relaciones con usted, en aquellos días, las ha interpretado muy verdaderamente. Nunca pensé en polemizar con usted. Sentí, desde casi la primera vez que (a sabiendas) leí algún libro suyo, que usted era humilde y seriamente sincero, y sentí esto con un grado de ternura afectuosa que difícilmente puedo ahora explicarme. Fue una suerte de simpatía, como la que recuerdo solamente en otra sola instancia de mi vida, recuerdo que, aún cuando escribo, me hace

llorar. Ciertamente quise 'dejarle solo', y sentí que en mí, y casi en cualquiera, no hubiese sido ni gentil ni sabio sino casi una obstrucción de la obra de Dios mismo, empujar rudamente a la lucha, lo cual veía en muchos de sus resultados por lo que escribía usted de tanto en tanto, y de cuyas consecuencias no dudé ni una sola vez.

La respuesta de Newman fue elocuente⁴¹:

Le escribo al fin unas líneas para agradecerle por el verdadero estímulo que me ha dado sus cartas. Ha sido un gran sufrimiento y fatiga pasar por lo que he pasado. Ahora ya terminó y estoy muy agradecido. Me llegan cartas como las suyas como aplicaciones estimulantes o refrescantes, administradas a un hombre que está corporalmente muy fatigado, y fueron tan aceptables como serviciales. Fue un gran placer encontrar que su nombre entraba tan naturalmente en mi narración. Además del beneficio real que usted me hizo en mi ansiedad de 20 años atrás, puso en evidencia después lo que ahora ha mostrado y que es parte de su personalidad: su gran simpatía por los demás.

Existe una última correspondencia. Antes de que fuera publicado el escrito de Gladstone contra la infalibilidad papal, *The Vatican Decrees in their Bearing on Civil Allegiance: a Political Exposition*, Newman le escribió a Russell para aclarar algunas dificultades acerca del tema: quería saber si el Papa podía enseñar que él era infalible como supremo legislador, si podía imponer por obediencia que un rey hiciera la guerra a otro, y si podía hacer por propia prerrogativa que una obra como el *Homo Apostolicus* de San Alfonso fuese parte de la fe⁴². La respuesta de Russell a Newman fue inmediata⁴³.

1. El Papa solo puede sostener que es infalible como legislador en el sentido de que como legislador nunca puede enseñar por su legislación ninguna cosa contraria a la fe o a la moral. 2. El Papa es el Supremo Director de todos los cristianos incluyendo a los Soberanos. Todos están ligados a obedecer su

³⁷ *Apo*, 196-197.

³⁸ Oratory Archives, 5 de mayo de 1864.

³⁹ Oratory Archives, 27 de mayo de 1864.

⁴⁰ Oratory Archives, 18 de junio de 1864.

⁴¹ *LD* XXI, 130, 24 de junio de 1864.

⁴² *LD* XXVII, 149, 4 de noviembre de 1874.

⁴³ *LD* XXVII, 150, nota 1, 5 de noviembre de 1874.

dirección, y tal como usted afirma justamente sería *el deber* de un Rey, a quien en un caso particular el Papa emitiría un mandato directivo. Pero tal juicio del Papa en cuanto a hechos particulares y circunstancias, nunca podrían ser investidos con la prerrogativa de la infalibilidad que está estrictamente limitada a la enseñanza general respecto al depósito de la fe. 3. En cuanto al *Homo Apostolicus* o cualquier otro libro la decisión es exactamente la misma como si hubiese sido ante el Concilio Vaticano. Se debe sostener que el Papa debe simplemente tener la misma infalibilidad respecto a libros que la Iglesia ya ha establecido que tiene. Pero ningún ultramontano jamás pensó sostener que el Papa o la Iglesia sería infalible en la interpretación o exposición de pasajes particulares de libros, ni siquiera de textos particulares de la Biblia, excepto de una mala interpretación de un pasaje particular que pudiera suponer un compromiso para con el depósito de la fe o la moral...

A esto siguió la *Carta al Duque de Norfolk*, que motivó algunas cartas más⁴⁴. Más tarde, con motivo de la noticia del Cardenalato de Newman hay otro intercambio epistolar⁴⁵.

Russell tuvo neumonía al comienzo de 1880, y atendido por su hermana y sobrina, Sisters of Mercy, murió el 26 de febrero de 1880 en Dublín.

Newman era conciente de tener una formación teológica católica menor y temía siempre haber omitido o dejar de lado algún aspecto o canon. El respeto al nivel académico de Russell era tremendo. Le había dicho a Pusey que no conocía ningún católico en el Reino Unido como Russell que hubiese leído los sermones de San Atanasio como él⁴⁶. Le dedicó a Russell su novela *Loss and Gain*, que es precisamente una suerte de autobiografía de su conversión.

⁴⁴ LDXXVII, 199, nota 1, 18 de enero de 1875; 198, 19 de enero de 1875; 215, nota 2, 5 de febrero de 1875; 215-16, 6 de febrero de 1875.

⁴⁵ LDXXIX, 37 en nota, 22 de febrero de 1879.

⁴⁶ LDXXVII, 57; 20 de abril de 1874.

De la obra *El Misterio de la Iglesia*

Editado por el *Internacional Centre of Newman's Friends* de Roma

LAS HUELLAS DE DIOS EN LA NATURALEZA Y EN LA HISTORIA

Por religión entiendo el conocimiento de Dios, de su Voluntad, y de nuestros deberes hacia Él; y hay tres canales que nos proporciona la naturaleza para adquirir este conocimiento, a saber, nuestra propia mente, la voz de la humanidad y el curso del mundo, o sea de la vida y de los problemas humanos. Las informaciones que estas tres fuentes nos ofrecen, nos enseñan el Ser y los Atributos de Dios, nuestra responsabilidad hacia Él, nuestra dependencia de Él, nuestra situación de premio o castigo que será la consecuencia de nuestra obediencia o desobediencia a Dios.

G.A. 389 (1870)

El gran misterio no es que el mal no tenga fin, sino que haya tenido principio.

G.A. 422 (1870)

La religión de la naturaleza está solamente incoada, y necesita un complemento... La religión natural se basa en el sentido del pecado; reconoce su enfermedad, u pero no puede encontrar, aunque lo busca, el remedio.

G.A. 487 (1870)

La oración es esencial a la religión, y donde hay oración hay un desahogo y solaz de todas las tribulaciones, ordinarias o grandes...

G.A. 403 (1870)

En el conjunto de la humanidad, la oración no es menos general que la fe en la Providencia... La oración, así como la esperanza, son constitutivos de la religión del hombre... parte de la religión natural...

G.A. 403,404 (1870)

Como la oración es la voz del hombre para Dios, así la Revelación es la voz de Dios para el hombre.

G.A. 404 (1870)

Cuando la Providencia desea hacer una Revelación, no comienza desde el principio, sino que utiliza el sistema existente; no envía un Ángel visiblemente, sino que comisiona o inspira a uno de nuestros compañeros... Cuando quiere establecer un curso de acción divina, escoge un curso de acción ya existente, o que se está formando. Y no interfiere con su curso natural, con su desarrollo o dependencia de las cosas visibles. No encierra al hombre en un desierto, para ofrecerle instituciones diversas de las que él ha desarrollado a través del contacto y relación con el mundo externo. Sólo las modifica, las acelera, o dirige los poderes de la naturaleza o las leyes de la sociedad... Así, la gran característica de la Revelación es la añadidura, la sustitución.

Ess. II 194-195 (1841)

Ha habido una dispensación divina directamente concedida a los judíos. Pero en cierto sentido ha habido una dispensación desarrollada a favor de los gentiles. Aquél que había hecho un pueblo elegido, de la simiente de Jacob, no por eso arrojó lejos de Su vista el resto de la humanidad. En la plenitud del tiempo, tanto el judaísmo como el paganismo se disolvieron; el marco exterior que ocultaba y al mismo tiempo insinuaba la Verdad Viva, nunca fue creado para que durase, y se fue disolviendo a los rayos de Sol de Justicia que brilló tras ella y a través de ella. El proceso del cambio ha sido lento; no se realizó brutalmente, sino con regla y medida "en tiempos diversos y en varias maneras", descubriendo primero una cosa, luego otra, hasta que toda la doctrina evangélica se ofreció en una manifestación total.

Apo, 27 (1864)

Alguien nos ha dicho que la doctrina sobre la misteriosa eficacia de los Sacramentos viene de los filósofos platónicos, su ritual de los paganos, y la estructura de la Iglesia, de los judíos. Así es, en un sentido en que muchos más aspectos se derivan de las mismas fuentes. También podemos encontrar rasgos de la doctrina de la Trinidad, de la Encarnación, de la Redención, entre los paganos, judíos y filósofos. Porque el Todopoderoso esparció por el mundo, antes de la venida de Su Hijo, vestigios y destello de Su verdadera religión, y reunió luego todos los rayos separados, cuando Lo estableció en la Montaña Santa para gobernar el día, y la Iglesia, como la luna, para gobernar la noche.

D.A. 210-211 (1838)

Hay una distinción cardinal entre el cristianismo y las religiones y filosofía que lo rodeaban: que aquél refiere toda la verdad y la revelación a una fuente única, que es el Dios Único y Supremo.

Dev. 356 (1845)

Es verdad que el Evangelio es, en ciertos puntos, semejante a las religiones que los precedieron, pero esto sólo prueba que "Dios es uno, y que no hay otros fuera de Él". La diferencia entre estas religiones es que la pagana es una religión verdadera pero corrompida, la judía una religión muerta, y el cristianismo una religión verdadera, viva y perfecta.

PPS V, 170-171 (1840)

La Iglesia judía Lo miraba en el futuro, la cristiana habla y actúa a partir de Él. Lo anterior a Él está en tinieblas, pero todo cuanto viene después de Él está iluminado... En Él las figuras se transforman en fuentes de gracia, las sombras en substancias y los tipos en sacramentos. Lo que antes de Él eran ordenanzas decentes y observancia piadosas, ahora no sólo tienen significado, sino también una virtud.

Jfc, 195-196 (1838)

Cristo... vino a realizar un comienzo de todas las cosas, nuevo y mejor que el de Adán, y para ser la fuente principal de la que todos los bienes puedan fluir después en Él...Vino a re-crear, a comenzar una nueva línea y a construir un nuevo reino sobre la tierra, de manera que cuanto había estado sumergido en el pecado pudiese volver a ser lo que era al principio, y más que eso... Él tomó sobre Sí nuestra naturaleza, para que esa naturaleza pudiese en Dios revivir y restaurarse, para que naciese de nuevo, y, después de perfeccionarse en la cruz, pudiese comunicar lo que ella misma era, como un simiente incorruptible, para la vida de cuantos la reciben en la fe, hasta el fin de los tiempos.

Jfc, 193-194 (1838)

Este es el secreto de la constante energía del cristianismo y de sus martirios que jamás faltan; esta es la razón por la que ahora es tan misteriosamente potente, a pesar de los nuevos y terribles adversarios que acechan su paso. Tiene el don de cerrar y curar la profundísima herida de la naturaleza humana, lo que le garantiza más el éxito que una completa enciclopedia de conocimientos científicos y una completa biblioteca de controversia, y por lo mismo durará mientras exista la naturaleza humana. Es una verdad viviente que jamás podrá envejecer.

C.A. 487 (1870)

EIDICO

crece cada día más

Nuevos proyectos,
más interesados,

familias que se suman a los emprendimientos
que se desarrollan en todo el país nos presentan
distintos desafíos cada día.

El rumbo lo marcan quienes nos acompañan.





APENAS LO DEJÁS DE VER Y YA LO ESTÁS VIENDO DE NUEVO.

CON LOJACK, NUNCA LLEGÁS A SENTIR QUE TE ROBARON EL AUTO,
A LO SUMO QUE LO PRESTASTE.

0810-888-8911 | www.lojack.com.ar

LO/JACK
LO TUYO ES TUYO

